

DEMIÁN VERDUGA

ANTES DE QUE SE
VUELVAN MARIPOSAS

LA HISTORIA DEL SECUESTRO DE LA
FAMILIA FORTI EN FEBRERO DE 1977

PRÓLOGO: MARÍA SEOANE

Editorial Biblos

Verduga, Demián

Antes de que se vuelvan mariposas: la historia del secuestro de la familia Forti en febrero de 1977. - 1a ed. - Buenos Aires: Biblos, 2013.

124 p. ; 23x16 cm. - (Latitud sur)

ISBN 978-987-691-113-9

1. Historia Argentina. I. Título

CDD 982

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*

Foto de tapa: Nélide Sosa y sus seis hijos en el living de la casa de Bandera, Santiago del Estero, el día de la primera comunión de Silvana y Alfredo. De izquierda a derecha: Alfredo, Renato, Nelly, Guillermo, Néstor, Silvana y Mario Manuel. 1969

Armado: *Ana Souza*

© Demián Verduga, 2013

demiverdu@hotmail.com

© Editorial Biblos, 2013

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires

info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com

Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta primera edición

se terminó de imprimir en Elías Porter Talleres Gráficos,

Plaza 1202, Buenos Aires,

República Argentina,

en marzo de 2013.

Este libro se basa en una serie de entrevistas realizadas a Alfredo Forti durante dos meses. Alfredo fue secuestrado por la dictadura de Jorge Rafael Videla, con su mamá y cuatro de sus cinco hermanos, el 18 de febrero de 1977.

Los nombres de la mayoría de los protagonistas de esta historia son reales. Sólo fueron reemplazados por otros los de los empleados de Aerolíneas Argentinas, el de la jueza de menores de San Isidro y el de uno de los funcionarios de la embajada venezolana. En todos estos casos se hizo porque Alfredo no recordaba con exactitud cómo se llamaban. El autor intervino en la ambientación necesaria para la historia y en la invención de escenas para darle unidad.

D.V.

Agradecimientos

A Alfredo Forti, a mis padres, a María Seoane; a Romina y Catalina; a todos mis amigos, tíos y primos; a Verónica Riera.

Índice

Prólogo	
<i>María Seoane</i>	13

PRIMERA PARTE

Ezeiza

1.....	19
2.....	25
3.....	31
4.....	36
5.....	43
6.....	48
7.....	51
8.....	53
9.....	56

SEGUNDA PARTE

La espera

10.....	63
11.....	67
12.....	68

13.....	70
14.....	75
15.....	78
16.....	81
17.....	84
18.....	88
19.....	89
20.....	91
21.....	98

TERCERA PARTE

El exilio

22.....	107
23.....	111

EPÍLOGO

1.....	121
2.....	123

Prólogo

La sangre derramada en las tragedias es indeleble: las vidas segadas tienen la tenacidad de lo imborrable. Luego, treinta y cinco años más tarde —el tiempo memorial se mide en la capacidad de las sociedades de mirarse a sí mismas para entender lo ocurrido—, un periodista, Demián Verduga, y un sobreviviente, Alfredo Forti, encandilan contándonos esta historia. El periodista, con la maestría narrativa de los grandes de la crónica y la novela negra —como Dashiell Hammett y Rodolfo Walsh— y el sobreviviente, con la obsesión por los detalles que, en todo caso, revelarían si no lo central —el destino de su madre desaparecida—, la trama hasta ahora desconocida de un crimen que ocurrió durante la dictadura que asoló la Argentina desde 1976, bajo la señal de la cruz. No todos los destinos que acá se relatan tienen la linealidad binaria de “los buenos y los malos”. Si hay una atribución definida en las tragedias humanas es lo paradójico. El destino, como la fuerza de las cosas, lleva a los protagonistas a lugares que se intercambian como víctimas y victimarios en el largo camino de la memoria y la justicia.

Nada terminó —nos contará ese destino— como comenzó aquel febrero de 1977, cuando el joven Forti de dieciséis años y sus cuatro hermanos, el menor de ocho años, salían al exilio

junto con su madre Nélida Sosa para encontrarse con su padre, el médico cirujano tucumano Alfredo Forti, ya exiliado en Venezuela. Su hermana mayor, Silvana, no viajaba con ellos. Pero cuando estaban por partir en el vuelo 284 de Aerolíneas Argentinas con destino a Caracas, fueron secuestrados en el avión por una patota del régimen que los envió al reino mortal del general Ramón Camps, reclusos en el pozo de Quilmes, bajo la atenta mirada del obispado de La Plata, entonces a cargo de monseñor Antonio Plaza. Desde Caracas, Forti padre movió cielo y tierra. Sobre todo, cielo: un gran amigo de la familia, un hombre de la Iglesia venezolana, se ofreció a hacer gestiones y llegó hasta el vicario castrense argentino, monseñor Emilio Teodoro Graselli, que hizo (como se supo años después) una ficha, entre las 2.500 que dijo juntar esos años con los datos que familiares de desaparecidos entregaban de buena fe a un religioso para salvar a sus seres queridos, con los datos de la familia Forti. Graselli cumplió la promesa de salvar a los niños: los dejaron atados a árboles con capuchas en un barrio porteño, y luego los acompañó al aeropuerto con los salvoconductos para Venezuela donde los esperaba su padre, pero Nélida Sosa nunca apareció.

La conversación del joven Forti con su madre antes de que los separaran es una página antológica sobre el amor. El joven Forti estudió relaciones internacionales en Estados Unidos y trabajó allí en organismos multilaterales. Entre 2004 y 2007 fue embajador argentino en Honduras. Entre 2007 y 2011, durante la gestión de Nilda Garré, fue secretario de Asuntos Internacionales del Ministerio de Defensa. Forti hijo nunca dejó de investigar el destino de su madre. Monseñor Graselli fue acusado de encubrimiento en delitos de lesa humanidad por numerosos casos. Su gestión reveló la complicidad y el poder de la jerarquía de la Iglesia Católica argentina con el Estado terrorista.

Treinta y cinco años después, nada terminó como había comenzado: en diciembre de 2011, Forti juró en el salón San

Prólogo

Martín del edificio Libertador –donde lo hicieron también Jorge Rafael Videla y la cúpula golpista en 1976– continuar al frente de su trabajo, bajo la gestión del ministro Alfredo Puricelli. Y cuando Forti juró “Por la patria, mi madre y los treinta mil desaparecidos” la historia lo devolvió de repente a la misma emoción aluvional de aquel adiós que se supieron decir él y su madre una noche oscura que tendría, aunque no lo supieran, la paradoja del final.

MARÍA SEOANE
Buenos Aires, verano de 2013

Primera parte

Ezeiza

1

Recién se despertaba y seguía acostado en el colchón, en el piso. Las luces de la pieza estaban apagadas y la puerta estaba abierta. Escuchó un diálogo que venía del pasillo:

—¿Dónde pongo esto?

—Ahí están los documentos. Dejalo, porque si se pierde algún papel no vamos a poder viajar.

—Bueno.

Alfredo Forti había reconocido las voces, la de su mamá, Nélida Azucena, a quien todos llamaban Nelly, y la de Guillermo, el menor de sus cinco hermanos. Agarró su reloj del piso y lo ubicó de modo que mirara hacia la luz que se metía por la puerta abierta. Las agujas daban las cinco de la mañana.

A las siete, él y su familia tenían que estar en el aeropuerto internacional de Ezeiza. Debían presentarse dos horas antes de la partida del vuelo 284 de Aerolíneas Argentinas que los llevaría a Caracas, Venezuela. Alfredo calculó que Roberto, el amigo de su mamá que los acompañaría, pasaría a buscarlos a las seis para poder llegar a horario.

Se levantó y salió de la habitación. Caminó por el pasillo y se detuvo antes de entrar al living, donde estaban su mamá y sus cuatro hermanos. Se quedó mirándolos. Mario, de trece años, estaba sentado en la alfombra y envolvía un frasco con

un suéter. Renato, de doce, dormía en una silla con la cabeza tirada hacia atrás. Néstor, de once, mantenía la cortina de la ventana corrida con una mano y miraba hacia la calle. Guillermo, de ocho años, sostenía un bulto de ropa parado al lado de Nelly, que doblaba una remera.

La única que faltaba era Silvana, la mayor, de diecisiete años. Se había quedado en Tucumán, en casa de la abuela materna, preparando una materia del colegio que debía rendir en marzo. Después de dar el examen viajaría a Venezuela. Tampoco estaba el padre de la familia, que se llamaba igual que su primer hijo varón: Alfredo Forti. Él se había ido a Venezuela un mes y medio antes para terminar los detalles de su contrato de trabajo.

Alfredo, que tenía dieciséis años en ese momento, seguía en el pasillo mirando hacia el living.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Nelly cuando lo vio—. Tus valijas están cerradas. ¿Tenés todo listo?

—Dejé las cosas preparadas anoche.

Su mamá tomó un pantalón del bulto de ropa que sostenía Guillermo. Lo apoyó sobre el sillón, y mientras lo doblaba dijo:

—Si querés revisar, hacelo ahora. Cuando Roberto toque el timbre tenemos que bajar enseguida. No podemos hacerlo esperar.

—No necesito revisar —dijo Alfredo—. ¿En cuánto tiempo llega Roberto exactamente?

Mario, sentado en la alfombra, apretaba con una mano la tapa de la valija para ajustar el cierre. Miró a Alfredo.

—En una hora.

Alfredo cruzó el living. Se paró a un costado de la ventana. Corrió la cortina con una mano y vio a Néstor, en la otra punta, con la cara pegada al vidrio.

—¿Qué estás mirando?

—Nada.

El departamento en el que se habían instalado, en el barrio de San Cristóbal, quedaba frente a la plaza Martín Fierro.

Alfredo miró hacia la vereda de enfrente. Había un árbol iluminado desde atrás por un farol. El árbol parecía la sombra de un hombre con seis brazos. “¿Será mejor salir cuando todavía esté oscuro o cuando haya luz?”, se preguntó Alfredo. “Si está oscuro no hay movimiento en la ciudad y llamaríamos la atención; en cambio, de día, hay gente saliendo a trabajar y eso nos ayudaría a pasar desapercibidos.” Se dio cuenta de que continuaba habitado por las dudas que casi no lo habían dejado dormir. Sabía que no podía manejar cada movimiento, cada detalle, pero le era imposible controlar sus pensamientos.

Sus padres habían planeado durante casi un año el viaje para huir de la dictadura de Jorge Rafael Videla. Habían tomado la decisión luego del golpe militar que se produjo el 24 de marzo de 1976. En el matrimonio Forti, la mamá de Alfredo, Nelly, era quien más se dedicaba al activismo político. Había militado en el sindicato de empleados municipales de Tucumán; había hecho trabajo social en los barrios más pobres de esa provincia. Tenía contacto con miembros del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Montoneros y la Juventud Peronista. Muchos de ellos eran amigos de la infancia y la adolescencia que se habían volcado a la militancia en sus distintas formas. Cuando se produjo el golpe de Estado, Nelly ya había visto morir, desaparecer o transformarse en presos políticos a varios de sus amigos y compañeros. En Tucumán la represión había comenzado un año antes del golpe, con el Operativo Independencia del gobierno de Isabel Perón.

Alfredo seguía mirando por la ventana la plaza Martín Fierro y el árbol iluminado desde atrás por el farol. Lo invadía el temor de que todo saliera mal en el último instante.

A las seis en punto escuchó el timbre del portero eléctrico. Esperaba, con sus cuatro hermanos, sentado en los sillones del living. Su mamá atendió y miró a sus hijos.

—Es Roberto. Está con los taxis abajo —se puso el tubo del portero en la oreja. Prestó atención a lo que le decían del otro lado y contestó—: No te preocupes. Está todo listo.

Los hermanos Forti se pusieron de pie. Alfredo vio a Alberto González y a su mujer, Aide. Habían salido de su habitación y venían por el pasillo vestidos con ropa de gimnasia.

Alberto era el dueño del departamento en el que estaban los Forti, que se habían instalado allí hacía dos meses, cuando dejaron definitivamente Tucumán y se trasladaron a Buenos Aires. Alberto era amigo de Nelly. La conocía desde la adolescencia. Habían hecho juntos el colegio secundario en Tucumán.

—Organicémonos un poco —dijo, y se paró en el centro del living—. Somos varios, hay muchas valijas y un solo ascensor. Creo que lo mejor es que vayamos por tandas, de a dos, y con las valijas que se puedan cargar.

—Como sea, vamos —dijo Nelly.

Los primeros en salir fueron Alfredo y Guillermo. Llegaron a la planta baja. Alfredo tomó la valija más pesada y la arrastró por el hall hasta la puerta. Guillermo fue detrás de él llevando una más liviana. Roberto esperaba en la vereda. Alfredo lo vio a través del vidrio. Unos pasos más allá, junto al cordón, había dos taxis estacionados. El cielo tenía un color azul eléctrico y los faroles de la calle estaban encendidos. Roberto se dio vuelta y vio a Alfredo. Acercó la cara al vidrio de la puerta y puso las manos a los costados de su boca.

—¿Y el resto?

—Ahora vienen —contestó Alfredo, y el eco de su voz resonó en el hall.

Néstor bajó en el ascensor con Alberto, Mario con Renato y Nelly con Aide. Todos llevaron valijas. Se reunieron en el hall. Alberto abrió la puerta del edificio y salieron a la vereda.

—Tenemos que guardar las cosas en los baúles de los autos —dijo Roberto.

Volvieron a repartirse el equipaje.

Luego de meter sus cosas en el baúl del taxi, Alfredo se acercó a sus hermanos y a su mamá, que se habían parado en círculo delante de la puerta del edificio. En medio de la ronda estaban Alberto y Aide. Nelly se ubicó frente a los dos y los envolvió en el mismo abrazo.

—Ya saben cuánto les agradezco que nos hayas recibido.

—Cuando haga falta, acá estamos —dijo Alberto.

—Tenemos que tratar de no llamar demasiado la atención —dijo Roberto—. No podemos quedarnos mucho tiempo acá.

Se distribuyeron en los dos taxis; cuatro se subieron al Peugeot y tres al Fiat. Alfredo se sentó junto al chofer en el Peugeot. Su mamá iba en el asiento de atrás con Guillermo y Mario.

—Al hotel Colón —dijo—. Está en...

—No se preocupe, señora —dijo el chofer y puso primera—. Su amigo ya nos dijo adónde van.

Alfredo miró por su ventana. Alberto y su mujer se habían quedado en la vereda. Él le pasaba el brazo por la espalda a Aide y le tomaba el hombro. La imagen se alejaba despacio.

El taxi anduvo por las calles adoquinadas de Caseros. Se veían las casas antiguas con las persianas de hierro despin-tadas. Había comenzado a amanecer y el cielo tenía un color grisáceo. El auto dobló por la avenida 9 de Julio y tomó por uno de sus diez carriles. Las veredas estaban vacías, los bares y los negocios, cerrados. Alfredo se sorprendió al darse cuenta de que no sentía tristeza. Había imaginado varias veces este momento, el trayecto hasta Ezeiza, y siempre le había despertado una gran melancolía. Pero ahora que lo vivía sólo quería que las cosas salieran bien y que él y su familia pudieran irse del país. Le preocupaban los trámites de Migraciones y los controles militares en el aeropuerto. Había ayudado a su mamá a revisar los documentos una y otra vez, pero temía que algún detalle se les hubiera escapado.

Los autos estacionaron frente al hotel Colón. Alfredo, sus hermanos, su mamá y Roberto bajaron las valijas y se forma-

Demían Verduga

ron al final de una fila de personas que esperaban para subir al micro de la empresa Manuel Tienda León, que los llevaría hasta Ezeiza.

2

La puerta se abrió y entraron al hall del aeropuerto. Alfredo se sorprendió por la cantidad de luz. Los rayos del sol se metían por el ventanal y se reflejaban en las baldosas. Había varias filas de pasajeros. Alfredo, sus hermanos y Roberto esperaban, mientras Nelly buscaba con la mirada el mostrador de Aerolíneas Argentinas que les correspondía.

Unos pasos más allá había una pareja con dos chicos. Los nenes se peleaban tironeándose de la remera. La mujer y el hombre miraban los pasajes, dirigían la vista hacia los mostradores y volvían a mirar los pasajes. La mujer tomó a uno de los nenes del brazo y lo zamarreó.

—¡Basta, Joaquín!

—Empezó él —dijo el niño, y señaló al otro con el dedo.

—¡Vos también! —le dijo la mujer al otro chico.

Alfredo se preguntó si alguna de esas personas podía imaginar por qué él y su familia estaban ahí, si habría alguien en la misma situación. “Seguramente no”, pensó. Entonces se preguntó si eso sería lo mejor para que no los descubriesen y...

—Es allá en el medio —escuchó.

Giró la cabeza. Su mamá señalaba una fila de pasajeros en la mitad del hall. La fila desembocaba en un mostrador.

Detrás de la chica que lo atendía había un cartel: "Aerolíneas Argentinas. Vuelo 284. Caracas".

Caminaron hacia allá. Llevaban las valijas en dos carritos.

—¿Se puede ver cómo suben las cosas a la panza del avión? —preguntó Guillermo, el menor.

—No creo —contestó Nelly—. Pero vas a ver los aviones estacionados esperando a los pasajeros.

Se formaron. Roberto miró por encima del hombro hacia la puerta principal.

—Yo me voy a despedir acá. Es mejor así.

Le dio un abrazo a Nelly y luego saludó de cada uno de los hermanos Forti; cuando se acercó a Alfredo le apoyó una mano en el hombro.

—Todo va a salir bien. Mandale un gran abrazo a tu viejo.

Se dio vuelta y caminó unos pasos hacia la puerta. Se detuvo. Giró la cabeza y miró hacia atrás

—Cuando el colectivo que los lleva hasta el avión pase por una reja amarilla, miren. Yo voy a estar ahí para saludarlos.

La joven que atendía el mostrador de Aerolíneas sonrió.

—Necesito los pasajes y los pasaportes.

Nelly sacó los documentos de su cartera; los tenía todos juntos, atados con una banda elástica. Alfredo, Mario y Renato empezaron a poner las valijas en la balanza junto al mostrador. Un hombre miraba en el indicador cuánto pesaban y les ataba un cartón en la manija. Alfredo, cada tanto, dirigía la vista hacia la chica que revisaba los documentos. Ella tenía una expresión distendida en sus ojos claros. Alfredo pensó que era una señal de que todo estaba bien.

—¿Tiene el permiso de salida del padre? —preguntó la chica.

—Claro que sí —dijo Nelly.

Alfredo dejó una valija en la balanza y miró la situación. Su mamá apoyó la cartera sobre el mostrador y la abrió. Antes de que sacara el papel, la chica apoyó su mano sobre la cartera.

—No se preocupe. No hace falta que me lo muestre a mí. Se

lo preguntaba porque si no lo tiene no la van a dejar pasar en Migraciones.

Alfredo recordó lo complicado que había sido el trámite para conseguir el permiso de salida. Tuvieron que hacerlo porque Forti padre viajó antes que el resto de la familia.

La chica de Aerolíneas ató con la misma banda elástica los pasajes y los pasaportes. Se los devolvió a Nelly y puso los pases de abordar sobre el mostrador.

—Acá están los seis asientos. Van a viajar en dos filas en la zona de no fumadores. Y éstos son los tickets de las valijas.

—Gracias —dijo Nelly, y guardó todo.

Subieron por la escalera mecánica un piso hasta el salón de Migraciones, que era amplio y alfombrado. Había tres garitas al fondo y una fila de pasajeros delante de cada una de ellas. Los Forti se formaron en la del medio.

Faltaba sólo una pareja para que llegara su turno. Alfredo vio por un espacio que quedaba entre el hombre y la mujer al tipo que atendía dentro de la garita: usaba camisa celeste con insignias en los hombros y tenía cara gorda y pelo engominado. La pareja terminó su trámite. Alfredo y su mamá avanzaron. Nelly deslizó los pasaportes por una pequeña abertura en la parte baja del vidrio de la garita. El hombre de cara gorda tomó los pasaportes y los revisó. Después los dejó apilados.

—Falta el permiso de salida del padre —dijo.

Nelly sacó el documento de la cartera. Lo deslizó por la abertura. El hombre lo miró. Tomó los pasaportes, los selló uno por uno y los devolvió deslizándolos por la abertura. Alfredo clavó la mirada en el permiso de salida de su papá. Había quedado sobre el mostrador, del otro lado del vidrio. “¿Por qué no lo devolvió?”, se preguntó. El gordo indicó con el dedo que podían seguir por el costado. Nelly fue primero. Alfredo y sus hermanos la siguieron.

La sala de embarque tenía grandes ventanales. Los Forti se habían ubicado de pie frente a uno. Se veían los aviones estacionados y, más allá, otro avión que avanzaba a gran velocidad por la pista. La aeronave levantó la nariz y se elevó.

—¿Cuál será el nuestro? —preguntó Guillermo.

Renato señaló cuatro aviones pintados de blanco con una franja azul.

—Todos esos son de Aerolíneas Argentinas. Alguno podría ser el nuestro.

Alfredo estaba parado junto a su mamá. Giró la cabeza. Nelly lo miró con sus ojos marrón claro. Alfredo acercó la boca al oído de su madre y le habló en voz muy baja:

—El tipo de Migraciones se quedó con el permiso de salida de papá.

—Debe ser la rutina. No te preocupes.

Nelly volvió a mirar los aviones por el ventanal.

Se escuchó una voz que provenía de los parlantes ubicados en el techo de la sala de embarque:

—Aerolíneas Argentinas anuncia la partida de su vuelo 284 con destino a Caracas. Los pasajeros deben abordar el avión por la puerta número siete.

Los Forti se habían sentado en unos sillones de cuero en medio de la sala mientras esperaban. Se pusieron de pie. Un hombre de camisa blanca y chaleco azul, parado delante de una puerta de vidrio en un ángulo de la sala, dijo:

—Lleven los pases de abordar en la mano, por favor.

Se armó una fila de pasajeros delante de la puerta. Los Forti se formaron y avanzaron hasta que Nelly le mostró los pases de abordar al hombre del chaleco azul. Cruzaron la puerta y bajaron por una escalera hacia la pista.

Había un micro esperando con el motor encendido y las puertas abiertas. Se sentía olor a nafta y se oía el zumbido de las turbinas de los aviones. Subieron al micro y se senta-

ron junto a una ventana lateral. Alfredo se puso de costado para poder mirar a través del vidrio. El micro arrancó. Anduvo uno o dos minutos y dobló. En ese instante, Alfredo vio la reja amarilla por la ventana. Había mucha gente detrás de los barrotes.

—Ahí es donde Roberto nos dijo que iba a estar.

Nelly se puso de costado para mirar. Mario, Renato, Néstor y Guillermo se arrodillaron en sus asientos.

—Ahí está Roberto —dijo Nelly, y señaló con el dedo.

—¿Dónde? —pregunto Mario.

—Cerca de la punta —dijo Nelly.

Alfredo lo vio en un extremo de la reja agarrándose de los barrotes. Lo saludó, pero Roberto no respondió. El micro dobló y Roberto quedó atrás.

Luego de estacionar junto al avión, el micro abrió sus puertas. Los Forti se levantaron de sus asientos y bajaron. La aeronave tenía una escalera en la puerta delantera y otra en la de atrás. Caminaron hasta la cola del avión y subieron. Nelly iba primero. Alfredo cruzó la puerta de la aeronave y vio que una azafata le pedía los pases de abordar a su mamá. Nelly se los dio. La azafata caminó por el pasillo hacia el medio del avión y ellos la siguieron.

—Estas dos hileras son para ustedes —dijo la azafata cuando se detuvo.

Guardaron algunos bolsos en los compartimientos y se repartieron en los asientos. En una hilera, Guillermo se sentó junto a la ventana, Alfredo en el medio y Nelly pegada al pasillo. En la otra, Néstor se sentó junto a la ventana, Renato en medio y Mario del lado del pasillo.

Nelly sacó de su cartera un libro del anarquista italiano Errico Malatesta. Alfredo recordó que la había visto leyendo ese texto las últimas semanas, luego giró la cabeza y miró por encima del respaldo de su asiento hacia el fondo del avión. Los pasajeros entraban por la puerta y la azafata los recibía. Dejó de mirar. Todavía no podía calmarse. Se dijo a sí mismo que

en el vuelo se tranquilizaría. Imaginó el instante en el que Ezeiza desapareciera debajo de las nubes y tuvo la certeza de que entonces dejaría de sentir esa presión constante en el pecho.

Una azafata pasó caminando por el pasillo hacia la parte trasera del avión. Alfredo la siguió con la vista, girando la cabeza y mirando por encima del respaldo de su asiento. La azafata se paró delante de la puerta, la trajo hacia adentro y la cerró ajustando una manivela. Alfredo se sintió más tranquilo con la puerta cerrada. El sonido de las turbinas se volvió un murmullo, una membrana que envolvía la aeronave. Miró el techo arriba de su asiento. Había un pico por el que salía el aire acondicionado y un pequeño parlante por el que, en ese momento, se escuchó una voz femenina:

—Su atención por favor: se solicita la presencia del señor Alfredo Forti en la parte delantera del avión. El señor Alfredo Forti, por favor, presentarse en la parte delantera del avión.

Alfredo giró la cabeza y miró a su mamá, que había cerrado el libro de golpe.

Alfredo miraba a Nelly a los ojos.

—¿Qué hago?

Ella respiró profundo.

—Andá y fijate qué pasa. A lo mejor es una pavada. Algo que te olvidaste. Algún problema con el equipaje. Lo importante es que estés tranquilo y no hables mucho de nuestro viaje —le acarició el pelo con una mano—. Todo va a estar bien. Acá te espero.

Alfredo se levantó y pasó delante de su mamá. Caminó por el pasillo hacia la parte delantera del avión. Llegó hasta la cortina que separaba los asientos de primera clase y se detuvo. Corrió la cortina con una mano y miró. Al final del pasillo, delante de la puerta de la cabina de mando, había tres hombres. Reconoció al gordo de pelo engominado que los había atendido en Migraciones. Siguió avanzando. Los pasajeros de primera clase tenían una copa de champagne apoyada en la mesa delante del asiento. Se paró frente a un hombre de pantalón negro y camisa blanca. El uniforme sugería que era piloto. Detrás de éste, el gordo de Migraciones hablaba con otro tipo de camisa celeste con insignias en los hombros. La puerta delantera del avión estaba abierta y se oía el zumbido de las turbinas.

—Yo soy Alfredo Forti.

—Yo soy Ricardo, el piloto del avión —extendió la mano y Alfredo se la dio—. ¿No está tu papá?

—Mi papá está en Venezuela. Nosotros estamos viajando para encontrarnos con él.

—¿Quiénes están viajando?

—Mis hermanos, mi mamá y yo.

—Decile a tu mamá que venga.

Alfredo pensó que había algún problema con los documentos y que por eso el hombre de Migraciones estaba ahí.

—¿Pasó algo con el permiso de salida? —preguntó, y miró detrás del piloto. El gordo hacía señas por la puerta del avión como si hablara con alguien parado en la pista, al pie de la escalera.

—No tiene nada que ver con el permiso —contestó el piloto—. Sólo andá y decile a tu mamá, por favor, que se acerque. Acá hay una persona que tiene que hablar con ella.

—¿De qué?

—No puedo decírtelo. Simplemente avísale.

Alfredo se dio vuelta y caminó por el pasillo. Cruzó la cortina y vio a su mamá. Ella lo seguía con la mirada. Él se paró junto al asiento de Nelly y le contó la conversación con el piloto.

—Me pidieron que fueras.

Guillermo se había pasado al asiento del medio.

—¿Por qué tenés que ir? —preguntó.

Nelly lo miró y le acarició el pelo.

—Tranquilo. No debe ser nada grave.

Se levantó y caminó hacia la parte delantera del avión. Alfredo la acompañó.

Llegaron delante de la cabina de mando. El hombre de camisa celeste se paró frente a Nelly. El piloto y el gordo de Migraciones se quedaron unos pasos detrás de él. Alfredo se daría cuenta más tarde de que el de camisa celeste era de la Fuerza Aérea.

—Yo soy la madre de Alfredo —dijo Nelly.

- Señora, lo lamento, pero ustedes no van a poder viajar.
—¿Por qué?
—Tenemos una orden de detención contra usted.
—¿Qué?!
—Una orden de detención.
—¿Se refiere a la orden de un juez?
—No, señora, no es de un juez.
—¿Y entonces? ¿De qué me habla?
—Una orden militar.
—¿Usted piensa que yo me puedo bajar de un avión con mis hijos sin la orden de un juez? Estoy con cinco chicos a punto de viajar a Venezuela, donde nos espera mi marido.
—Señora, usted va a tener que bajar. A lo mejor es sólo para averiguar algunos antecedentes. Eso no se lo puedo confirmar. Pero hay una orden de detención.
Alfredo estaba detrás de su mamá. Tuvo la sensación de que los ojos de los pasajeros de primera clase se posaban sobre él. Había silencio a sus espaldas, y cada tanto se oía un breve cuchicheo.
—Si usted no quiere bajar voy a tener que pedirles a esos hombres que intervengan —dijo el de la Fuerza Aérea y señaló con el dedo la puerta del avión.
Nelly se paró al lado de la puerta y miró. Alfredo hizo lo mismo. En la pista había cuatro hombres de civil, bajo el sol intenso. Uno llevaba una ametralladora colgada del hombro. Alfredo caminó dos pasos hacia atrás, su mamá también.
—Si usted no quiere llamar a un juez —le dijo Nelly—, pídale a un superior suyo que lo haga.
—Yo estoy a cargo de este operativo.
—¿Usted dio la orden de detenernos? ¿Por qué motivo?
—No. Yo cumplo la orden. Pero estoy a cargo de detenerla.
—¿Y no sabe por qué?
El hombre respiró profundo.
—Mire, señora, si usted no quiere bajar esos hombres van a tener que subir.

Nelly hizo silencio.

—Yo me bajo, pero mis hijos se quedan. Usted dice que debe detenerme a mí, no a ellos. Además, el permiso de salida del padre ya lo tienen.

Alfredo sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Pensó en decirle a su mamá que él no se quedaría en el avión si ella se bajaba.

El de la Fuerza Aérea miró por encima del hombro al gordo de Migraciones como si buscara una opinión. El gordo se encogió de hombros. El de la Fuerza Aérea miró a Nelly.

—Déjeme ver. Tengo que consultar. No es una decisión que pueda tomar yo.

Se dio vuelta y salió por la puerta del avión.

Alfredo y su mamá estaban en silencio. El piloto y el de Migraciones hablaban entre ellos. El piloto contaba que había hecho un vuelo a Panamá.

—El free shop del aeropuerto es increíble. Venden de todo. Sólo faltaría que te puedas comprar una casa.

—Me imagino —dijo el de Migraciones—. Yo me conformo con que alguna vez me traigas un whisky.

—Botellas de whisky hay para tirar al techo.

El de Migraciones asintió. Iba a decir algo cuando el de la Fuerza Aérea apareció por la puerta del avión, se paró delante de Nelly y respiró profundo. Se lo veía agitado.

—Lamentablemente, señora —tomó aire—, no es posible hacer lo que me pidió. Sus hijos son menores de edad y no van acompañados por un adulto.

—¿A usted le parece? —dijo Nelly—. Nos quieren bajar de un avión sin la orden de un juez y usted me dice que los chicos no pueden salir porque falta un permiso. Ya tienen el del papá y acá estoy yo. Seguro que se puede hacer algo.

El hombre negó con la cabeza.

—Acabo de averiguar. ¿Usted cree que yo no pregunté si ha-

bía alguna manera de que sus hijos viajaran? ¿Dónde piensa que estuve todo este tiempo? Los chicos necesitan el permiso del papá y el suyo para poder viajar. Dígame cómo se hace para que usted tenga ahora su permiso de salida.

Alfredo se sintió más calmado. No quería viajar si su mamá quedaba detenida. Nelly miró por encima del hombro y cerró los párpados. Alfredo pensó que se iba a poner a llorar. Su mamá abrió los ojos y miró hacia delante.

—Seguro que hay alguna forma de arreglar esto.

—No hay tiempo. Usted debería tener su permiso listo. Van a tener que bajar todos.

Nelly miró el piso y se dio vuelta.

—Vamos a buscar a tus hermanos.

Alfredo se dio vuelta y percibió que los pasajeros de primera clase desviaban la mirada. Un tipo dirigió la vista hacia la ventana y una señora de la segunda fila bajó la cabeza y pasó la hoja de una revista. Todos estaban en silencio.

Volvieron a sus lugares y se quedaron parados en el pasillo. Guillermo estaba de pie, al lado del asiento de Mario.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Nelly hizo silencio.

Néstor seguía sentado al lado de la ventana.

—Contanos, mamá, ¿qué pasó?

—Vamos a tener que bajar del avión.

—¿Por qué? —interrogó Néstor.

—Quieren averiguar algunas cosas. Todo se va a arreglar.

—¿Vamos a poder viajar? —quiso saber Guillermo.

Nelly le acarició el pelo.

—Claro que vamos a viajar. Sólo se va a retrasar un poco.

—¿Por qué tenemos que bajar? —preguntó el más chico.

—No te asustes. Hacen unas averiguaciones y volvemos a subirnos al avión.

Néstor, Renato y Mario se levantaron de sus asientos y buscaron sus bolsos de mano en el compartimiento.

—Vayan —dijo Alfredo—. Yo voy a controlar que no nos olvidemos nada.

Su mamá y sus hermanos se alejaron por el pasillo hacia la parte delantera del avión. Alfredo se puso en puntas de pie para revisar el compartimiento: estaba vacío. Se colgó la mo-

tos después, bajaba parado en el montacargas rodeado de valijas.

Dentro del micro, uno de la Fuerza Aérea que miraba la situación dijo:

—Vayan a dar una mano, carajo.

Dos policías de uniforme bajaron, fueron hasta el carro amarillo y ayudaron a subir las valijas. Las dejaron en el piso delante de los Forti. El que había pedido los tickets preguntó:

—¿Estas son sus cosas?

Nelly asintió con la cabeza.

El chofer prendió el motor y el micro avanzó. Se veía pasar por la ventana a los aviones estacionados. El vehículo se detuvo junto a la reja amarilla, en la que un rato antes había decenas de personas saludando y ahora no quedaba nadie. El hombre de la Fuerza Aérea se paró delante Nelly y le dijo que tenían que bajar. Tres tipos de civil agarraron las valijas. Los Forti se levantaron de sus asientos y descendieron del micro.

En la pista el sol se reflejaba en el asfalto y hacía calor. Alfredo se puso una mano como visera y miró hacia la reja. Detrás de los barrotes se veían dos autos estacionados. Los tipos que llevaban las valijas cruzaron la reja por una puerta.

—Tienen que ir con ellos —dijo el de la Fuerza Aérea.

Los Forti caminaron y cruzaron la reja por la puerta. Los autos esperaban con el motor encendido. Eran un Peugeot 504 bordó y un Ford Falcon gris. Había un hombre de civil parado detrás del Peugeot. Cerró el baúl.

—Van a tener que ir separados. Ustedes dos —señaló a Alfredo y a Nelly— tienen que venir en este auto. Los demás irán en el otro.

Guillermo abrazó a su mamá por la cintura.

—No te preocupes —dijo Nelly—, es sólo hasta llegar al lugar donde nos llevan.

Nelly miró a Renato y le pidió que se ocupara de Guillermo. Renato tomó al más chico de la mano; ambos caminaron hasta

chila al hombro y de pronto vio el libro de Malatesta sobre el asiento de su mamá. Miró hacia la parte delantera del avión y luego hacia la de atrás. Comprobó que nadie lo vigilaba. Se puso en cuclillas y agarró el libro. Lo deslizó por el piso alfombrado hasta dejarlo debajo del asiento. Se irguió y empezó a caminar hacia la puerta delantera.

Llegó frente a la cabina de mando. Su mamá y sus hermanos lo esperaban. El hombre de la Fuerza Aérea les dijo que tenían que bajar. Nelly salió primero. Sus hijos la siguieron. Alfredo puso un pie en la escalera y la luz del sol lo encandiló. Parpadeó varias veces. Bajó los escalones mirando a los cuatro hombres en la pista. A pocos metros de ellos estaba el micro que los había traído hasta el avión. Su mamá pisó la pista y un sujeto vestido de civil señaló el micro. Nelly subió y los chicos fueron detrás de ella.

En el vehículo había varios hombres. Algunos tenían el uniforme de la Policía y otros el de la Fuerza Aérea. También había otros vestidos de civil. Alfredo, sus hermanos y su mamá se habían sentado. Por la ventana frente a ellos se veía el avión estacionado. Un hombre de civil se acercó.

—¿Quién tiene los tickets de las valijas?

Nelly abrió la cartera y se los dio.

—¿Acá están todos?

—Sí.

En el micro, los hombres hablaban nombrando personas sólo por el apellido. Alfredo vio por la ventana un carro amarillo que avanzaba hacia el avión. El tipo que había pedido los tickets de las valijas caminaba junto al carro con dos hombres de overol azul. El carro y los tres hombres se metieron debajo de la panza del avión y se detuvieron. Uno de los de overol se paró en el montacargas del carro, que lo levantó y lo dejó bajo el fuselaje. El hombre abrió una compuerta, el montacargas lo subió y lo introdujo por la abertura. Minu-

mera bordó estaba parado en el camino de tierra y tenía a Guillermo, que no paraba de llorar, tomado de una mano.

—Listo, acá estás con tu mamá —dijo el de remera bordó—. Dejé de llorar ahora.

Guillermo, entre sollozos, dijo:

—Nos van a matar, mamá. Nos van a matar.

Nelly estiró el brazo y trató de acariciar a Guillermo, pero no alcanzó a hacerlo.

—Señora —dijo el de remera bordó—, ¿por qué dice estas cosas su hijo? ¿De dónde las saca?

—Nos van a matar —repitió Guillermo.

—Pero vea la situación —dijo Nelly—. Estábamos por viajar a encontrarnos con mi marido. Nos bajan de un avión. Nos suben a estos autos. No nos dicen nada. ¿Cómo quiere que no esté asustado?

—Lo que yo pregunto es por qué sabe tanto este chico. Me parece que por eso llora —dijo el de remera bordó, que soltó la mano de Guillermo y le dio una palmada en la espalda—. Dale, andá, ahí tenés a tu mamá.

Guillermo se sentó entre el hombre de campera negra y Nelly.

El copiloto apareció junto a la puerta por la que acababa de subir Guillermo.

—Tomá —le dio unos retazos de tela al de campera negra—. Vos vendá al más chico y a la mamá. Yo me encargo del otro.

Alfredo siguió con la mirada al copiloto, que pasó por detrás del auto, se paró junto a la puerta de Alfredo y la abrió.

—Mirá para allá.

Alfredo quedó mirando hacia su mamá y Guillermo, que a su vez miraban hacia él. Un pedazo de tela negra apareció delante de sus ojos y todo se oscureció. Sintió el tironeo en el pelo cuando le ajustaron el nudo de la venda. Escuchó dos portazos.

—Agachen la cabeza hasta que toque las piernas, así como venían.

el Falcon y subieron por la puerta de atrás. Mario y Néstor hicieron lo mismo. Alfredo y su mamá subieron por la puerta de atrás al Peugeot. Nelly quedó en el medio y Alfredo junto a la ventana. Había tres tipos dentro del auto. Uno, de campera negra, estaba en el asiento de atrás al lado de Nelly, otro frente al volante y el tercero junto al conductor. El del asiento del copiloto miró hacia atrás.

—¿Todo en orden?

El tipo sentado junto a Nelly asintió. El conductor sacó una mano por la ventanilla y le hizo señas al Falcon estacionado unos metros adelante. El copiloto miró de nuevo por encima del hombro.

—Bajen la cabeza, que quede pegada a las piernas.

Alfredo se inclinó. La cara le quedó entre las rodillas.

Calculó que había pasado media hora cuando el auto se detuvo. Todavía tenía la cara entre las rodillas. Había comenzado a dolerle la espalda.

—Pueden levantar la cabeza —escuchó.

Se irguió despacio. El copiloto abrió su puerta y se bajó del auto. Alfredo miró por la ventanilla: había un descampado que se perdía en el horizonte. Miró hacia adelante, por el parabrisas. El Falcon estaba estacionado a unos metros. Se abrió una puerta y bajó un tipo de remera bordó. Caminó hasta el Peugeot y se detuvo junto a la puerta del conductor, que tenía el vidrio bajo. El de remera bordó miró dentro del auto.

—Voy a traerle a su hijo menor, señora. No para de llorar y no podemos hacerlo callar.

Entonces Alfredo escuchó un golpe a sus espaldas. Observó por encima del hombro y vio al copiloto parado detrás del baúl con varios retazos de tela negra en una mano.

—La puerta —oyó en ese momento.

El tipo sentado al lado de Nelly abrió su puerta. El de re-

Demián Verduga

de civil sentado detrás de un escritorio. Leía el diario y tenía una pistola en la cintura. Alfredo giró la cabeza. A su lado, en el mismo sillón, se habían sentado sus cuatro hermanos. Su mamá no estaba en la habitación.

El auto empezó a andar. Alfredo percibía la vibración del asiento y oía la respiración de su madre junto a él. Comenzó a sonar una sirena.

—¡Qué te pasa, la concha de tu madre! —gritó uno de los tipos—. Viejo tarado.

—Ya está. Sacá la licuadora —dijo otro.

—¡Agarrá el fierro!

Se escuchó una carcajada.

—En serio, agarralo.

El auto se detuvo. Hubo silencio. Alfredo escuchó la traba de la puerta. Sintió una brisa en el brazo.

—Bajen.

Sintió que una mano lo tomaba del brazo y escuchó al copiloto al oído:

—Dale, bajá.

Sacó una pierna y tocó el piso con el pie. Salió del auto.

—Caminá.

Dio unos pasos y se tropezó. La mano que lo agarraba del brazo lo sostuvo. Continuó caminando. Empezó a oír varias máquinas de escribir.

—¿Lo querés con azúcar el café? —preguntó una voz femenina que parecía estar a varios metros.

—Vas a tener que subir una escalera —le dijo el copiloto al oído.

Alfredo tanteó con la mano y encontró una pared. Levantó un pie y pisó el primer escalón. A medida que subía, el sonido de las máquinas de escribir se fue perdiendo.

—Pará. Caminá un poco.

Avanzó unos pasos.

—Ahora sentate.

Dobló las rodillas y se dejó caer. Se sentó sobre una superficie blanda. Escuchó un portazo. Percibió unos dedos en la parte de atrás de su cabeza. Le sacaron la venda de un tirón. Se refregó los ojos, los abrió y vio, borrosos, una pared y un escritorio. Parpadeó y volvió a mirar. Había un hombre

—Tenés que bajar una escalera.

Empezó a descender. El sonido de las máquinas se fue perdiendo. Oyó una traba de metal. Percibió el viento cálido en su cara.

—Pará.

Se detuvo. Le sacaron la venda de un tirón. Parpadeó varias veces hasta poder mantener los ojos abiertos.

Era de noche. Estaba en un patio grande, iluminado por la luz de un foco. Su mamá, con su vestido amarillo, el que se había puesto para el viaje, estaba parada a pocos pasos de él. Sus hermanos corrieron a abrazarla.

Alfredo le preguntó a Nelly dónde la habían tenido.

—No lo sé —contestó Nelly—. No me sacaron la venda.

Guillermo abrazaba a su mamá por la cintura. Miró hacia arriba.

—Nosotros estuvimos todo el tiempo en una oficina.

—¿Estuviste bien?

—Sí.

Alfredo se alejó unos pasos de su mamá y sus hermanos. Se paró en el centro del patio y comenzó a mirar una por una las cuatro paredes. Frente a él había tres celdas incrustadas con las puertas abiertas y sin luz; a su derecha otras tres celdas con las puertas abiertas y a oscuras. Detrás estaba la entrada principal del patio, y a su izquierda, una pared en la que no había nada. Miró hacia arriba. Había dos pisos construidos sobre las dos paredes que tenían celdas y una reja que hacía de techo. Detrás de los barrotes se veía el cielo nocturno lleno de estrellas.

Volvió al rincón con su mamá y sus hermanos.

—¿Cuánto tiempo vamos a tener que estar acá? —preguntaba Néstor.

—No lo sé. Ahora ya es de noche. Seguramente mañana nos van a decir algo —contestó Nelly.

Pasaron varias horas. El hombre que vigilaba leyó el diario un rato y luego dormitó. Alfredo pensó en su papá. Lo imaginó en el aeropuerto de Caracas enterándose de lo que había pasado. Se preocupó por el susto que iba a llevarse. Calculó que no debería faltar mucho para que el avión de Aerolíneas aterrizara en Venezuela si había despegado después de que a ellos los bajaran. También pensó en su hermana, Silvana. Tuvo temor de que le pasara algo en Tucumán.

Se abrió la puerta de la oficina y se escucharon las máquinas de escribir. Entró un hombre de civil. Se paró en medio de la habitación.

—Pónganse de pie y den un paso adelante.

Los hermanos Forti se levantaron y dieron un paso adelante. El de civil se puso detrás de Renato. Le vendó los ojos con una tela negra. Después hizo lo mismo con Mario, Néstor, Guillermo y Alfredo.

Se escucharon unos pasos. Alfredo sintió que una mano lo agarraba del brazo.

—Vamos —le dijo una voz al oído.

Comenzó a caminar. Las máquinas de escribir se oían de nuevo.

—¿Vamos a dormir acá? —preguntó Guillermo.

—Sí, pero no en el patio —dijo Nelly.

—¿Dónde vamos a dormir? —interrogó Guillermo.

—En las celdas —dijo Mario.

—Yo no quiero estar solo en una celda —dijo Néstor.

Alfredo se alejó de nuevo. Se paró en la puerta de una celda. La luz del patio iluminaba una franja del piso. Había un catre de cemento con una colchoneta. Fue a mirar la celda contigua. Era igual, pero sobre el catre había varias colchonetas. Giró la cabeza.

—Acá hay varias colchonetas.

—¿Qué? —preguntó Nelly.

Alfredo se acercó hasta su mamá y sus hermanos. Señaló con el dedo las celdas.

—Allá hay un montón de colchonetas para dormir. A lo mejor podemos acomodarnos todos ahí.

Alfredo y Mario entraron a la celda en la que estaban las colchonetas, mientras Nelly, Renato, Néstor y Guillermo esperaban en el patio. Los dos mayores agarraron cuatro colchonetas y las usaron para cubrir el piso, poniéndolas una al lado de la otra.

Mario salió al patio. Alfredo se quedó en la celda. Escuchó que su hermano le decía al resto de la familia que podían entrar. Se metieron todos en la celda. Nelly y Guillermo se acostaron en el catre sobre una colchoneta. Alfredo, Mario, Renato y Néstor se acomodaron en el piso con las piernas recogidas para poder entrar.

La luz del patio iluminaba el final del catre en el que se apoyaban los pies de Nelly y Guillermo. Alfredo se había acostado al lado de la puerta de la celda. Afuera se escuchaban unos grillos. Nelly hablaba sobre el viaje a Venezuela.

—Cuando lleguemos vamos recorrer, a conocer el mar...

—¿Y papá? —preguntó Renato.

—Ya debe saber lo que pasó. Debe estar averiguando qué hay que hacer.

—¿Qué más vamos a conocer de Venezuela? —preguntó Guillermo.

—Lo primero va a ser Caracas.

—Eso ya lo sé —dijo Guillermo.

—Bueno —continuó Nelly—. Luego iremos al río Orinoco, donde está el trabajo de papá y...

Alfredo dejó de prestarle atención a la charla. Se dio vuelta y juntó las manos debajo de la cabeza. Sabía que su mamá intentaba quitarle dramatismo a la situación para tranquilizar a sus hermanos. Miró las baldosas del patio y la pared sin celdas. Pensó que esa imagen podría ser la de una casa cualquiera. Eso lo tranquilizaba. Imaginó que al día siguiente vendrían a decirles que podían salir. “¿Qué sentido tiene detener a alguien que está a punto de exiliarse?”, se preguntó.

Unos minutos después cerró los ojos y se quedó dormido.

Cuando despertó aún era de noche. Tenía la cabeza apoyada sobre las manos y veía el piso. Unos metros más allá, en medio del patio, notó dos pies que caminaban, daban media vuelta y volvían sobre sus pasos. Miró hacia arriba. Era su mamá. Alfredo se levantó y salió al patio. Se paró frente a Nelly.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—No lo sé.

—¿Qué pasa?

Nelly miró hacia la celda. Alfredo sabía que ella no quería que sus hermanos escucharan. Él era distinto. Era el mayor de los que estaban.

—Hay algo que no te conté. No quería inquietar a tus hermanos.

—¿Qué cosa?

—Me tuvieron con los ojos vendados hasta que me trajeron acá, pero sí pude hablar con alguien.

—¿Con quién?

—No lo sé exactamente. Yo hablaba y alguien me contestaba. Le pregunté quién se encargaba del operativo y le dije que quería hablar con él.

—¿Y?

—Me contestaron que el coronel a cargo volvía en unos días y que cuando llegara me iban a llevar para hablar con él.

—¿Y qué más te dijeron?

—También pregunté por qué nos tenían acá. Me contestaron que no lo sabían.

—¿Cómo que no lo saben?

Nelly apoyó la palma de su mano en la mejilla de Alfredo y lo acarició con el pulgar.

—Andá, tenés que acostarte. Yo me quedo un ratito más acá.

—Me quedo con vos.

—Bueno. No les cuentes nada a tus hermanos, es mejor así.

6

A la mañana siguiente, Alfredo escuchó un golpe seco y se despertó. Se había dormido junto a la puerta de la celda. Miró hacia el patio. Una luz pálida bajaba del cielo y había dos hombres vestidos de civil. Ambos caminaban hacia la celda y hablaban entre ellos. Uno traía varias tazas de metal apiladas y el otro un termo y una bolsa de nailon. Alfredo se dio vuelta. Sus hermanos y su mamá seguían dormidos.

—Alguien viene —dijo Alfredo.

Nelly se sentó en el catre.

—¿Quién?

—No lo sé. Dos tipos.

Alfredo giró y sus ojos se encontraron con las piernas de los dos hombres delante de la puerta de la celda. Miró hacia arriba.

—Llegó el desayuno —dijo el que llevaba las tazas.

—Especial —agregó el otro.

—Vos —le dijo el de las tazas a Alfredo—, tomá esto.

Alfredo agarró las seis tazas de metal apiladas y las apoyó en el piso.

—Dale, no tengo toda la mañana —dijo el otro hombre.

Alfredo lo miró.

—¿Qué hago?

—Sostener una tacita. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

Alfredo agarró una taza y la puso debajo del pico del termo. El tipo lo inclinó y llenó la taza con agua caliente. El vapor despedía aroma a mate cocido.

Después de llenar las seis tazas, el mismo hombre sacó de la bolsa de nailon un pedazo de pan.

—Pasalo.

Alfredo tomó el pan y se dio vuelta. Sus hermanos se habían despertado y sentado con las espaldas apoyadas en la pared. Su mamá y Guillermo habían hecho lo mismo en el catre. Alfredo le pasó un pan a Mario y agarró otro.

—Si quieren algo más —dijo el tipo cuando terminó de repartir el pan— llamen al servicio de habitación.

Los dos hombres se rieron. Se dieron media vuelta y caminaron hacia la puerta del patio.

—¿Me das una taza? —dijo Nelly estirando la mano.

Alfredo pasó las tazas una por una.

—¿Cuántos días vamos a estar acá? —preguntó Guillermo mientras mojaba el pan en el mate cocido.

—Supongo que hoy nos van a decir algo —dijo Nelly.

—¿Cómo vamos a viajar después? —preguntó Mario—. Perdimos los pasajes y nos retuvieron el permiso de salida de papá. Él va a tener que venir de Venezuela.

—Primero salgamos de acá —dijo Alfredo.

Tomó un sorbo de mate cocido. Miró hacia el patio. Los rayos del sol comenzaban a caer sobre las baldosas.

Terminaron el desayuno y salieron de la celda. Mario, Néstor, Guillermo y Renato juntaron varias piedritas y se pusieron a jugar: tiraban una contra la pared y veían quién la dejaba más cerca. Mientras tanto, Alfredo y su mamá caminaban por el patio.

—Estoy muy preocupada por cómo estarán tu papá y la abuela. No saben nada de nosotros —dijo Nelly.

—Papá se debe haber enterado de lo que pasó cuando el

avión llegó a Caracas —dijo Alfredo—. Alguien le debe haber contado que nos bajaron.

—Sí, pero igual no tiene idea de dónde estamos.

Llegó el mediodía. Alfredo miró el cielo. El sol estaba justo en el centro. Calculó que debían ser cerca de las 12.30. Él y su mamá estaban junto a la puerta de la celda. Mario, Néstor, Guillermo y Renato se habían sentado en círculo y jugaban al tinenti con las piedritas. Se escuchó la traba de la puerta. Los dos hombres que habían traído el desayuno entraron con varios platos de metal con comida.

—Les voy a preguntar qué pasó con la persona que está a cargo del operativo —dijo Nelly.

—Bien.

Los tipos les repartieron los platos a Mario, Renato, Néstor y Guillermo. Alfredo se acercó hasta sus hermanos. Habían empezado a comer una especie de guiso sentados en el piso.

—Éste es el tuyo y el otro de mamá —dijo Mario y señaló dos platos apoyados junto a él.

Alfredo miró a su madre. Ella, cerca de la puerta del patio, hablaba con los dos hombres. Uno de ellos negó con la cabeza. Luego ambos se dieron media vuelta y se fueron cerrando la puerta tras de sí.

Alfredo se acercó hasta Nelly.

—¿Qué te dijeron?

—Lo mismo. El coronel a cargo del operativo no está. De todos modos dicen que si no llega hoy será mañana o pasado. En algún momento tendrá que aparecer.

Era la tarde del segundo día de detención. Alfredo y su mamá estaban en la celda sentados en el catre. Hablaban sobre cómo podrían recuperar los pasajes para ir a Venezuela una vez que los soltaran. El resto de los hermanos jugaba en el patio. De pronto, Alfredo escuchó:

—Me llamo Guillermo.

Se levantó y caminó hasta la puerta de la celda. Su mamá lo siguió. En el patio, Guillermo estaba parado debajo del sol y mirando hacia arriba.

—¿A qué estas jugando? —preguntó una voz femenina.

—Al tinenti —contestó Guillermo

—¿Son tus hermanos? —repreguntó la mujer.

—Sí.

—¿Están solos?

—No. También está mi mamá.

Alfredo salió al patio. Se paró al lado de Guillermo, se puso una mano como visera y miró hacia arriba. En una de las celdas construidas en el primer piso había tres mujeres jóvenes detrás de los barrotes.

—¿De dónde sos? —preguntó una.

Nelly también había salido al patio. Se puso en cuclillas y en voz baja le habló a Guillermo:

—No cuentes mucho. Aquí pueden estar escuchando todo.

—Nosotras somos de La Plata —dijo una de las chicas.

Había otra cuya panza ovalada se notaba bajo la remera; parecía embarazada. Alfredo la señaló con el dedo. La que venía hablando dijo:

—Sí —y preguntó—: ¿Están ustedes solos allá abajo?

—Sí —contestó Alfredo—. ¿Y ustedes?

—Somos seis. Algunos están allá arriba —la chica apuntó con el dedo hacia el segundo piso.

—¿Todos son de La Plata? —preguntó Alfredo.

La chica asintió.

—Somos estudiantes —giró la cabeza y miró para atrás, a la celda, y luego hacia el patio—. Nos vemos más tarde.

Las tres chicas se alejaron de los barrotes. Alfredo se dio cuenta de que hasta ese momento había creído que las celdas del primer piso estaban vacías. Se le hizo un nudo en la garganta.

En la noche del cuarto día de detención, Alfredo se había acostado en la colchoneta junto a la puerta de la celda y se había dormido. Soñaba con su mamá. Ella estaba en el jardín de la casa de Tucumán parada sobre el pasto. Llevaba el mismo vestido amarillo que se había puesto el día del viaje a Venezuela. Hablaba, pero Alfredo no la oía. Sólo la veía gesticular, como en una película muda. Él no estaba en su propio sueño.

—Hijo, hijo —escuchó.

Veía a su mamá en el jardín gesticulando.

—Hijo.

Abrió los ojos. Su mamá estaba en cuclillas al lado de él. La luz del patio le iluminaba un costado de la cara.

—Vino el coronel a cargo del operativo.

—¿Qué?

—Hablemos afuera.

Alfredo salió al patio y se paró frente a su mamá. El foco quedó detrás de Alfredo, de modo que él veía iluminada la cara de Nelly. Ella le contó lo que había sucedido.

Una hora antes, mientras dormían, Nelly había sentido que le apretaban el tobillo y se había despertado. Un hombre parado en la puerta de la celda le había dicho que saliera. Ella

había ido al patio. El hombre le había explicado que el coronel a cargo del operativo había llegado y quería verla, luego le había vendado los ojos, la había sacado del patio y la había hecho subir y bajar escaleras hasta dejarla en algún lugar. Nelly había pensado que estaba en una habitación, ya que no sentía el viento en su cara ni escuchaba el sonido de los grillos nocturnos. Segundos después, había escuchado un golpe seco y una voz grave:

—Señora, yo no sé por qué están detenidos.

—¿Qué?

—La verdad es que no lo sé.

—¿Usted es el oficial a cargo del operativo?

—Así es. Pero eso no quiere decir que sepa los motivos. Usted está detenida por órdenes que se recibieron desde Tucumán y nosotros simplemente las tenemos que cumplir. A mí no me explican los motivos de las órdenes.

—Y con quién puedo hablar si no es con usted. Llevo varios días preguntando y todos me han dicho que lo esperara.

—Las órdenes vinieron de Tucumán, así que vamos a tener que trasladarlos. Cuando lleguen allá podrá hablar con alguien que le explique.

—¿Nos van a trasladar sin que se sepa por qué estamos detenidos?

—Sí, señora.

Nelly había percibido un leve olor a vino cada vez que el militar exhalaba.

—A lo mejor usted puede ayudarme a llamar a mi casa. Imagínese que mi marido nos esperaba en Venezuela. Además tengo a mi madre, que es mayor, y a una hija. Ninguno sabe qué pasó con nosotros.

—Usted debe imaginarse que eso es imposible. No hay forma de hablar por teléfono.

—¿Y enviar un mensaje? A lo mejor usted puede enviarlo. Sólo para que sepan que estamos vivos.

—¿Por qué podrían pensar que están muertos?

Antes de que se vuelvan mariposas

—Es una forma de decir. Hace varios días que no reciben ninguna noticia de nosotros.

—No lo sé, señora. Me parece casi imposible. Tendré que verlo.

—Usted dice que nos tienen que trasladar.

—Sí. No hay forma de evitarlo.

—Pero quizá no sea necesario trasladar a mis hijos. Desde que nos detuvieron en el avión me dijeron que tenían una orden de captura contra mí. No es contra ellos. Hay una familia amiga que vive acá, en Buenos Aires. Ellos podrían recibirlos.

—No sé si será posible.

—Seguro que se puede encontrar...

—Ya le dije que no lo sé —interrumpió el militar—. Eso es todo.

Nelly escuchó un sonido similar al de la manija de una puerta y la voz del coronel:

—¡Gutiérrez!

—Sí.

—Ya está. Puede llevarla de nuevo a la celda.

Alfredo miraba los ojos de su mamá. La luz del patio creaba la ilusión de que tenían un pequeño foquito dentro de las pupilas.

—No pueden trasladarte sola. No podemos separarnos.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? —se preguntó Nelly—. Además, no sabemos qué decidirá finalmente este coronel.

Alfredo sintió un nudo en la garganta. Quería que lo trasladaran con su mamá o que ella se quedara, pero de ninguna manera separarse. Nelly apoyó una mano en la mejilla de Alfredo.

—Tranquilo. Vamos, tratemos de dormir un poco.

Alfredo estaba sentado junto a la puerta de la celda con la espalda apoyada en la pared y mirando el cielo del atardecer. Era el sexto día de detención. Su mamá y sus hermanos jugaban al tinienti sentados en ronda. Se abrió la puerta principal y entraron cuatro hombres de civil. Uno se paró en el centro del patio.

—Tienen que formarse acá —dijo.

Nelly, Mario, Renato, Guillermo y Néstor se pusieron de pie. Alfredo se quedó sentado junto a la puerta de la celda. Nelly preguntó:

—¿Pasa algo?

—Sólo pónganse acá —dijo el tipo.

Se pararon uno al lado del otro. Nelly quedó en un extremo a pocos pasos de Alfredo. Él seguía sentado en el piso. El tipo que daba las órdenes lo miró.

—¿Y vos? ¿Te querés quedar a vivir acá? ¿Qué pasa? ¿Te gustó el hotel?

Alfredo se paró al lado de su mamá. En la otra punta había quedado Néstor. Uno de los hombres se puso detrás de él. Alfredo giró la cabeza para mirar. Veía las espaldas de su mamá y sus hermanos y al hombre parado detrás de Néstor con una tela negra en la mano.

El hombre vendó los ojos de Néstor y después hizo lo mismo con Mario, Guillermo, Renato y Nelly.

Llegó el turno de Alfredo. Él giró la cabeza y vio a su mamá con los ojos vendados. No sabía que ésa sería la última imagen que tendría de ella. La tela negra apareció frente a sus ojos y todo se volvió oscuro.

—Vamos —le dijo una voz al oído.

Caminó. Escuchó la traba de la puerta del patio y apareció el sonido de las máquinas de escribir, como un murmullo que crecía.

—Tenés que subir una escalera.

Pisó el primer escalón. Subió tanteando la pared con la mano. Las máquinas de escribir empezaron a escucharse más fuerte. Había olor a cigarrillo y se escuchaban voces. “Ese documento tiene que estar sellado, así no sirve.” “Me pasás, por favor, una de las hojas tamaño oficio.”

Alfredo oyó que le decían al oído:

—Tenés que bajar una escalera.

Dio un paso y trastabilló. La mano que lo tomaba del brazo lo sostuvo. Bajó la escalera despacio. El sonido de las máquinas de escribir se fue alejando hasta desaparecer. Percibió una brisa caliente en la cara, los brazos, las manos. Pensó que había salido al exterior.

—¡La mamá tiene que ir en el otro auto! —dijo una voz.

“¿Por qué?”, pensó Alfredo, “¿por qué en otro auto?”.

Su corazón comenzó a golpear fuerte dentro del pecho. Recordó la charla que había tenido con su mamá, en la que ella le había contado que le había pedido al coronel que la trasladaran sola a Tucumán. Pensó que quizá su mamá no le había contado toda la conversación, a lo mejor le había ocultado que el coronel había contestado que sí.

—¡Mamá! —gritó.

—Callate, carajo —dijo una voz mientras alguien le apretaba el brazo—. Metete al auto.

Sintió una mano en su cabeza presionando hacia abajo.

Dobló las rodillas y percibió que se apoyaba en un asiento. Escuchaba el ruido del motor y sentía la vibración en la espalda.

—¡Listo! —dijo una voz lejana.

—Pará, pará. ¿Qué hacemos con las cosas?

—Metelas en el baúl.

Escuchó un golpe seco y después otro.

—Bajen la cabeza hasta que toque las piernas.

Se inclinó hacia delante hasta que su cara quedó en medio de sus rodillas. Oía su respiración y varias más, como si fueran un coro.

—Vamos.

Durante un rato largo, Alfredo pensó que el auto andaba por alguna zona sin tránsito. Oía con claridad las respiraciones junto a él. Después comenzó a escuchar motores, algunos parecían de camión o colectivo. También percibía, aquí y allá, bocinazos.

—Poné la licuadora —dijo una voz—. Quiero llegar rápido y volver a casa.

Comenzó a escucharse una sirena.

—Hoy voy a pedir una napolitana con fritas —dijo la misma voz.

—Tenés suerte. A mí me espera verdurita.

—¿Sólo eso?

—Sí.

El auto frenó de golpe y las ruedas rechinaron.

—¿Era acá?

—Creo que sí.

—No podemos quedarnos mucho tiempo.

Se escuchó la traba de la puerta. Alfredo percibió la brisa en su brazo derecho.

—¡Bajen, carajo, bajen!

Sintió que una mano lo agarraba del brazo. Estiró una pier-

na hacia el costado y tanteó el piso con el pie. Salió del auto. Detrás de él escuchó pasar un motor.

—¡Caminá!

Dio unos pasos.

—Pará. Ahora dejate caer despacio. Tenés que sentarte.

Se puso en cuclillas y se dejó caer. Se sentó sobre una superficie dura.

—Acá te dejo los documentos, el tuyo y los de tus hermanos —sintió que algo se deslizaba por el bolsillo de su remera—. Sus cosas también están acá. Y a tu mamá en una semana la vuelven a ver.

Percibió que una tela se deslizaba sobre su pelo, sus brazos y sus manos. Escuchó dos golpes secos, ruedas derrapando y luego un coro de respiraciones a su alrededor. Se sacó la venda de un tirón. Se frotó los ojos varias veces y los abrió. Él y sus hermanos estaban debajo de una sábana. Ellos también se habían quitado las vendas. Se puso de pie y se sacó la sábana de encima.

Era de noche. Los habían dejado debajo de un farol. A unos pasos había un paquete armado con otra sábana. En la vereda de enfrente había un restaurante. Las personas sentadas a las mesas pegadas a la ventana dirigían la vista hacia Alfredo. Él miró hacia la esquina. Un hombre y una mujer se acercaban caminando; bajaron a la calle para esquivarlo.

—Hay que fijarse qué metieron en ese paquete —dijo Alfredo.

Mario caminó hasta el bulto armado con la sábana. Con las dos manos hizo un hueco junto al nudo y miró dentro. Levantó la vista.

—Son nuestras cosas. O por lo menos una parte.

—¿Dónde estamos? —preguntó Guillermo.

—Todavía no lo sé —contestó Alfredo.

—¿Y mamá? —preguntó Guillermo.

Alfredo no contestó. Miró hacia la esquina, y algo le llamó la atención en la otra cuadra. Había un árbol delante de un farol. El perfil del árbol que él alcanzaba a ver tenía tres gran-

des ramas. Pensó que, si el otro costado era simétrico, mirado de frente el árbol debía parecer un hombre con seis brazos. La imagen le resultó familiar. Miró los adoquines de la calle y de nuevo el árbol. Recordó que su mamá le había contado que le había dicho al coronel que tenía unos amigos en Buenos Aires que podían recibir a sus hijos.

—Allá está el departamento de Alberto González —señaló hacia la otra cuadra.

—¿Qué? —preguntó Guillermo.

—Aquella —dijo Alfredo sin dejar de señalar— es la plaza Martín Fierro, la que está frente al departamento de Alberto.

Mario, Renato y Alfredo agarraron el bulto armado con la sábana y lo arrastraron detrás de Guillermo y Néstor, que ya caminaban hacia el árbol.

Segunda parte

La espera

Llegaron a la puerta del edificio de Alberto González. Alfredo tocó el timbre del portero eléctrico. Atendió una mujer.

—Hola.

Reconoció la voz de Aide.

—Soy Alfredo. Estoy con mis hermanos.

—¡¡¡Los chicos!!! ¡¡¡Son los chicos!!!

Sonó un timbre. Guillermo empujó la puerta y entró. Néstor agarró el picaporte y la sostuvo abierta. Alfredo, Mario y Renato arrastraron el bulto y cruzaron el hall hacia el ascensor. Alfredo escuchó la voz de Aide, venía de los pisos de arriba:

—¿Entraron?!

—Sí —contestó Mario.

—¿Alfredo? —preguntó otra voz femenina, que bajó por el hueco de las escaleras.

—¡Silvana! —dijo Alfredo.

Subieron por tandas. Primero fueron Guillermo, Mario y Néstor; luego Alfredo y Renato con el bulto.

El ascensor se detuvo en el tercer piso. Detrás de la puerta enrejada estaban Alberto, Aide, la abuela Monona —la madre de Nelly— y Silvana, la mayor de los hermanos Forti. Ella se abrazaba con Guillermo, Mario y Néstor, que habían llegado primero. Renato abrió la puerta, salió del ascensor y también

abrazó a Silvana. Alfredo se quedó en silencio. Le llamó la atención darse cuenta de que no tenía ganas de llorar. Sólo pensaba en su mamá y en hacer algo para averiguar donde estaba. Salió al pasillo. Abrazó fuerte a su abuela y le preguntó cuándo habían llegado de Tucumán.

—Hace tres días.

—Tenemos que movernos rápido —dijo Alfredo—. Trasladaron a mamá. Hay que llamar a Venezuela y hablar con papá, ahora.

Silvana, con lágrimas en los ojos, preguntó:

—¿Adónde la trasladaron?

—Me parece que a Tucumán, pero no lo sé exactamente.

Entraron al departamento. Dejaron el bulto en una pieza y fueron hasta el comedor. Alfredo, sus hermanos y la abuela pusieron varias sillas en semicírculo y se sentaron alrededor de Alberto, que estaba junto a la mesa del teléfono. Alberto levantó el tubo y le pidió a la operadora un llamado a Venezuela, al pueblo de San Antonio. Mientras esperaba que se estableciera la comunicación, les explicó a los hermanos Forti que San Antonio era el lugar en el que se había instalado su papá, en la casa del cura Alfonso Naldi.

Alberto habló por teléfono con Forti padre. Le contó que llamaba porque habían aparecido los chicos. Le dijo que estaban todos sentados alrededor de él. Hizo un silencio para escuchar lo que Forti padre le preguntaba del otro lado.

—No, ella no está —dijo Alberto.

Hizo una pausa.

—Sí, claro, ahora te los paso.

Tapó el micrófono del tubo con una mano y miró a los hermanos.

—No sean efusivos al hablar. No cuenten lo que pasó de modo directo. Usen metáforas. No hagan referencia al secuestro, ni a la policía ni a los militares. Hablen como hice yo recién, que conté en un tono neutro que ustedes habían llegado, como si volvieran de un paseo.



Foto *Madrid* RAMBLA CASINO
LOCAL 50
MAR DEL PLATA 1954

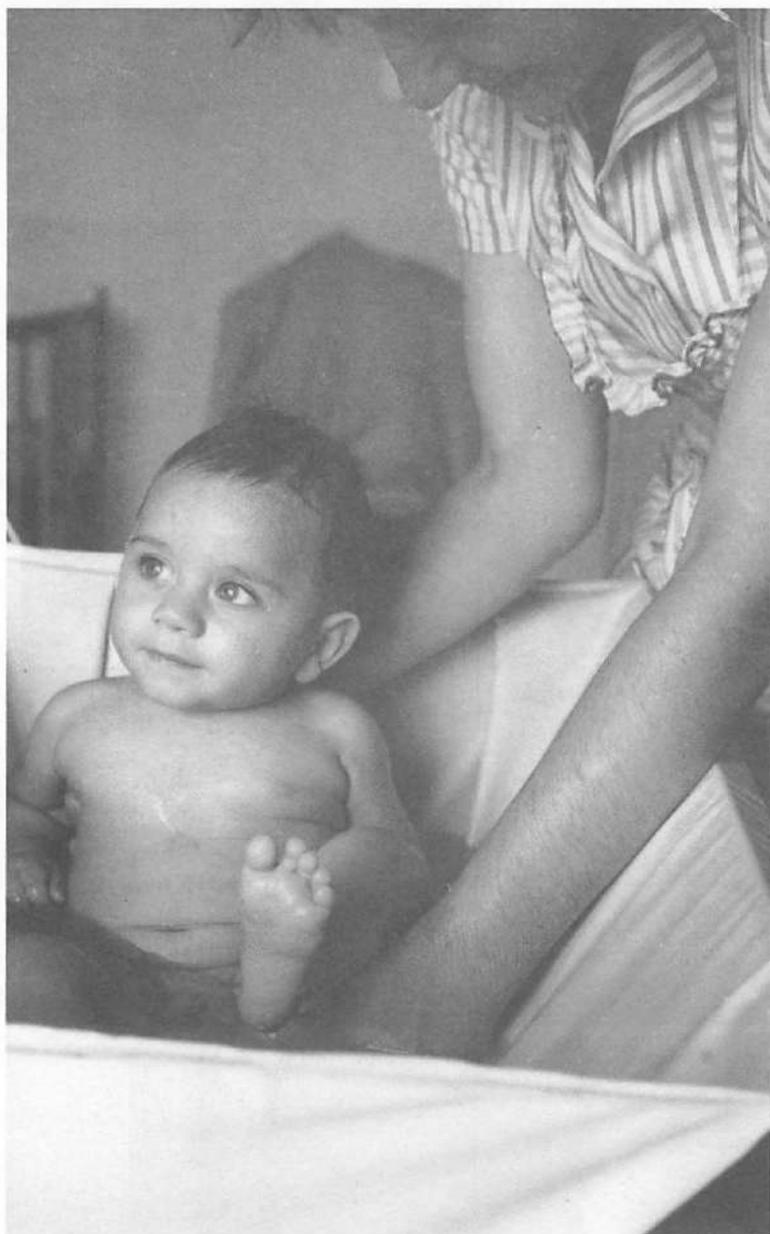
La joven Nelly en un viaje de vacaciones a Mar del Plata, c. 1953.



Nelly, c. 1961.



Nelly, a los veintiséis años, con su hijo Alfredito, 1961.



Alfredo Waldo bebé, 1961.



Jóvenes Alfredo y Nelly con Silvana y Alfredito. Tucumán, 1961.



Nelly y los miembros del grupo de teatro Achalay, creado por ella en Bandera en 1967. La foto fue tomada durante una gira del grupo a Tucumán para participar en un festival de teatro. 1969.



Los seis hermanos con la abuela Monona (mama de Nelly) en 1969 en Bandera. La abuela fue la "impulsora y organizadora" de la primera comunión de Silvana y Alfredo, coordinando la inscripción a las clases de catecismo, mandando a hacer los trajes blancos y la cena de familiares y amigos en el fin de ese día.



Nelly y Alfredo padre con los seis hijos en el jardín de la casa de Yerba Buena, Tucumán. 1974.



En el exilio. Alfredo Forti junto con sus cinco hijos varones. Puerto Ayacucho, estado de Amazonas, Venezuela, 1979. De izquierda a derecha: Alfredo hijo, Néstor, Guillermo, Alfredo Forti, Renato y Mario Manuel.

—¿Por qué tenemos que hablar así? —preguntó Néstor.

—Porque seguramente el teléfono está intervenido. ¿Quién va a hablar primero?

Alfredo se sentó junto a la mesita. Al principio escuchó un ruido como el que hace una radio cuando capta mal una señal y después apareció la voz de su papá:

—¿Quién es?

—Soy Alfredo, papá.

—Alfredo, ¿estás con todos sus hermanos?

—Sí.

—¿Están bien?

—Sí.

—¿Qué fue lo que pasó?

Alfredo recordó lo que había dicho Alberto: “Usen metáforas”. Se imaginó una historia para contarle a su papá lo que había sucedido. Le contó que a un amigo, Gary, y a su familia, los habían bajado de un avión cuando estaban a punto de viajar. Otro familiar había llamado a la compañía aérea para avisar que a la abuela de Gary la habían internado. Gary y su familia se habían quedado seis días en Buenos Aires acompañando a la abuela en el hospital.

Forti padre le preguntó si a la abuela le habían hecho algo doloroso. Alfredo le contestó que no.

—Pero la trasladaron a Tucumán.

—Me parece raro que si la internaron en Buenos Aires se la hayan llevado a Tucumán.

—Alguien de allá pidió que la trasladaran.

—Entiendo. En unos días va a llegar a Buenos Aires el cura Alfonso Naldi. Yo estoy viviendo en su casa. Él también puede darle una mano a Gary.

—¿Naldi puede ayudar a la abuela de Gary?

—Creo que sí.

—Papá...

—¿Qué?

—Mis hermanos quieren hablarte.

—Pasámelos —dijo Forti padre. Y con un tono quebradizo en la voz se despidió—: Me alegró escucharte, hijo.

—A mí también.

Alfredo le dio el tubo del teléfono a Guillermo y caminó hacia la cocina del departamento. Antes de entrar escuchó la voz de su hermano menor:

—Hola, ¿papá?

En la cocina, Silvana estaba sentada sobre la mesada. Alberto tomaba un vaso de agua y la abuela estaba sentada delante de una mesita. Alfredo corrió una silla y se sentó frente a Monona.

Silvana le pidió que le contara todo, y así lo hizo. Incluyó la charla en la que su mamá le había dicho que le había pedido al coronel que la trasladaran sola a Tucumán.

—¿Por eso creés que está en Tucumán? —preguntó Silvana.

—Estoy seguro —contestó Alfredo. Dirigió la mirada hacia Alberto—. Mi papá me avisó que viene un cura, Alfonso Naldi. Alberto apoyó el vaso en la mesada.

—Sí. Es un cura enrolado en la teología de la liberación. Uno de los que ayudó a tu papá a conseguir trabajo en Venezuela. Él venía para pedir por ustedes ante la Iglesia. Pero ahora supongo que ayudará para sacarlos del país.

—¿Y mi mamá?

—Tenemos que ver qué logra Naldi con la Iglesia. Tu papá se está moviendo mucho en Venezuela. Habló con Amnistía Internacional, con Cáritas, con el gobierno venezolano. A lo mejor Naldi tiene un contacto importante con la Iglesia argentina y puede averiguar algo.

Alfredo y sus hermanos durmieron en el departamento de Alberto dos noches y luego se mudaron. La abuela Monona había arreglado todo para que se instalaran en la casa de la tía Elena, una hermana de Monona que había fallecido hacía varios años. Había estado casada con un ingeniero. Juntos habían comprado una casa en el barrio de Olivos, un típico chalet con jardín, porche, dos pisos y techo de tejas. Elena también había tenido una hija con el ingeniero, pero la relación con ella se había roto. Así que cuando Elena y el ingeniero fallecieron la casa la heredaron tres chicas que habían trabajado durante años en las tareas domésticas.

El cura Alfonso Naldi llegó de Venezuela dos días después de que los hermanos Forti y la abuela se mudaran a la casa de la tía Elena en Olivos. Monona fue a buscarlo al aeropuerto.

Ella y Naldi entraron a la casa. Alfredo y sus hermanos esperaban en el living. El cura era alto y de pelo blanco. Vestía pantalón y saco negro. Dejó sus valijas en el recibidor, fue hasta el living y saludó uno por uno a los hermanos Forti, con un abrazo y un beso en la mejilla. Luego todos se sentaron en los sillones del living.

—Su papá está bien, en San Antonio —dijo Naldi con su acento caribeño—. Se dedica todo el día a hacer gestiones por su mamá y por ustedes. Está buscando la forma de sacarlos de la Argentina. Yo traje cartas para que hablemos con la embajada de Venezuela, con el nuncio apostólico y con Cáritas.

—¿Esos contactos servirían para averiguar dónde está mamá? —preguntó Silvana

—Hay que probar todo —contestó Naldi—. Pero debemos hacer las gestiones para que ustedes salgan del país. Es peligroso que sigan aquí.

—Es más importante ocuparnos de mamá —dijo Alfredo.

Antes de que se vuelvan mariposas

Naldi dirigió sus ojos celestes hacia él.

—Tenemos que hacer las dos cosas al mismo tiempo. No hay otra posibilidad. Si tú quieres, sería bueno que me acompañes a la cita en la embajada. Ya la tengo arreglada.

—Claro.

El tren emitió un chirrido al detenerse junto al andén de la estación Olivos y abrió sus puertas. Alfredo y Naldi subieron y caminaron hasta un asiento libre, al fondo del vagón. El cura se sentó junto a la ventana y Alfredo pegado al pasillo. El tren arrancó. Un hombre que venía de adelante entró al vagón. Avanzó agarrándose del respaldo de los asientos, se detuvo al lado de Alfredo y abrió la puerta corrediza. El traqueteo de las ruedas se escuchó más fuerte. El hombre siguió hacia el vagón de atrás cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cuánto calculas que será de viaje? —preguntó Naldi.

—Es la primera vez que vuelvo a la Capital desde que nos mudamos a la casa de Elena. Nunca hice este recorrido en tren. Pero una de las chicas de la casa me explicó que hasta la estación de Retiro tenemos unos veinte minutos y que la dirección de la embajada queda cerca de Retiro.

Naldi miró su reloj de muñeca. Alfredo le preguntó:

—¿A qué hora debemos estar?

—En una hora.

El cura dirigió la mirada hacia la ventana abierta por la que pasaban las casas bajas. Su pelo blanco se volaba hacia atrás por el viento.

—El funcionario que nos va a recibir es una buena persona. Entiende muy bien esta situación. Él fue víctima de una dictadura. A su padre lo mataron durante el gobierno de Marcos Pérez Jiménez.

—¿Quién es Pérez Jiménez? —preguntó Alfredo.

—Un ex presidente venezolano. Llegó al poder en 1952 y gobernó hasta 1958. Declaró ilegales los partidos políticos.

—¿Cómo se llama?

—Marcos...

—No, me refiero al funcionario.

—Álvaro Carnevali.

Alfredo miró por la ventana. Se veía el Hipódromo de Palermo. Las graderías vacías y la pista con forma ovalada en la que había charcos de agua.

La recepcionista de la embajada tenía el pelo lacio atado con un rodete. Colgó el tubo del teléfono.

—El doctor Carnevali me pidió que lo esperen. En un ratito los recibe. —Señaló con el dedo un sillón—. Se pueden sentar ahí.

En un rincón de la recepción había un mástil que sostenía una bandera venezolana. Los colores —azul, amarillo y rojo— se distinguían entre los pliegues.

—¿Qué vamos a pedirle? —le preguntó Alfredo a Naldi.

—Hablaemos de tu situación y la de tus hermanos.

—¿Y de mi mamá?

—También.

Sonó el teléfono de la recepcionista. Alfredo miró a la chica, que había atendido.

—Muy bien —dijo ella—. Los hago pasar.

Colgó. Señaló con el dedo un pasillo

—Es ahí nomás, la segunda puerta.

Carnevali era joven. Vestía camisa y corbata, sin saco. Estaba sentado detrás de un escritorio. Había una ventana por la que se veía la copa de un árbol y los balcones de un edificio. Alfredo y Naldi se sentaron frente a Carnevali.

—Algo me contó el padre Naldi —dijo el diplomático—. Pero no sé si tú, Alfredo, quieres explicarme bien lo que les pasó.

Alfredo contó la historia remarcando detalles: las voces que creía haber escuchado más de una vez, las chicas encerradas en el segundo piso del centro clandestino de detención, la comida que les habían traído. Carnevali escuchó con atención, con los codos apoyados sobre el escritorio y las manos entrelazadas.

—¡Dios mío! —dijo cuando Alfredo terminó—. ¿Desde entonces no sabes nada de tu mamá?

—No.

El funcionario miró a Naldi.

—Usted, padre, me habló sobre unos pasajes.

—Cuando soltaron a los chicos no les devolvieron los pasajes ni los pasaportes. Sólo les dieron los documentos de identidad.

—Ya hablé con el embajador sobre eso. Vamos a pedirle al gobierno argentino que restituya los documentos —Carnevali miró a Alfredo—. Tu papá es residente venezolano. El embajador está dispuesto a darles asilo a ti y a tus hermanos si el gobierno argentino no quiere devolver los pasaportes ni dejarlos salir del país.

Alfredo miró una birome apoyada en medio del escritorio y luego levantó la vista.

—¿Qué podemos hacer por mi mamá?

—La embajada puede presentar una carta formal preguntándole al gobierno por el paradero de Nelly.

—¿Servirá de algo?

—Hay que hacer lo que se pueda. Créeme que yo sé lo que estás viviendo.

Naldi apoyó una mano en el hombro de Alfredo, quien giró la cabeza.

—Todo sirve —dijo el cura—. Lo único que se puede hacer es presionar al gobierno, y una carta de la embajada ayuda para eso.

Alfredo y Naldi volvieron a la casa de Olivos. Juntaron al resto de los hermanos Forti y a la abuela Monona en el comedor para contarles cómo les había ido con Carnevali.

—Fue una buena reunión —dijo Naldi, que se había sentado en una cabecera.

—Nos van a dar asilo —interrumpió Alfredo.

—Sólo si hace falta —aclaró el cura.

—¿Qué es un asilo? —preguntó Guillermo.

—Cuando vivís en una embajada —contestó Alfredo.

—¿Vamos a vivir en la embajada? —preguntó Guillermo.

—Sólo si el gobierno argentino no devuelve los pasajes ni los pasaportes para que ustedes puedan salir del país —dijo el cura.

Mario se había sentado en la otra cabecera de la mesa.

—¿Acaso alguien cree nos van a devolver los pasajes y los pasaportes?

—Es lo que vamos a pedir —dijo Naldi.

—No creo que nos devuelvan nada —dijo Mario—. Los deben haber tirado.

—Si el gobierno quiere, volvemos a viajar —intervino Silvana—. No importa qué hayan hecho con los pasajes.

Entonces Néstor preguntó:

—¿Qué van a hacer para ayudar a mamá?

—Enviar una carta al gobierno pidiendo información —contestó Naldi.

Alfredo miró al cura.

—¿Cuál es nuestro próximo paso?

Demían Verduga

—La siguiente cita la tenemos con monseñor Pío Laghi, el representante del Vaticano. Creo que él nos puede ayudar con Nelly. Sería bueno que vuelvas a acompañarme para que cuentes de nuevo lo que pasó.

—Por supuesto.

La Nunciatura Apostólica —la embajada del Vaticano— estaba en la esquina de avenida Alvear y Montevideo. Era un palacio de tres pisos. Todas sus ventanas tenían balcón francés y había una cúpula en el techo. También había un gran jardín, que precedía el edificio, en el que flameaba en un mástil la bandera amarilla y blanca.

Alfredo y Naldi esperaban en la vereda delante de una reja. Alfredo miraba a un policía que estaba metido en una garita, del otro lado de los barrotes. El oficial hojeaba una revista. Un cura con sotana salió del edificio y cruzó el jardín por un caminito. Se detuvo delante de la reja y miró al policía. El oficial salió de la garita y abrió el candado de la puerta.

—Por acá —dijo el cura.

Se dio media vuelta y empezó a caminar. Alfredo y Naldi lo siguieron.

Entraron al edificio. Había un pasillo con piso de mármol y columnas a los lados. Alfredo y Naldi iban detrás del cura. El silencio era tan profundo que se escuchaba el ruido de los tacos de los zapatos al caminar. Se detuvieron al fondo del pasillo, en un pequeño hall con un banco de madera y una puerta.

—Esperen —dijo el cura. Tocó la puerta con los nudillos, la abrió, y entró en una oficina. Segundos después se asomó por la puerta—. Pueden pasar.

En la oficina había un escritorio, un juego de sillones y una ventana rectangular que iba del piso al techo. Pío Laghi estaba parado delante de la ventana mirando hacia afuera. Alfredo lo veía de espaldas. El monseñor vestía sotana y usaba un gorro rojo, como un casquillo, en la cabeza. Se dio vuelta.

—Sigue nublado —dijo, y señaló los sillones—. Sentémonos ahí.

Alfredo se dio cuenta de que Laghi hablaba con un acento que mezclaba el español y el italiano. Mientras se sentaban en los sillones, el monseñor dijo:

—Algo me adelantó usted, padre. Me será muy difícil ayudarlo.

—A lo mejor si escucha la historia se le ocurre alguna posibilidad.

—Tengo muy poco tiempo. Usted sabe lo complicadas que están las cosas. —Laghi miró a Alfredo—. Tu mamá, ¿a qué se dedicaba?

—Trabajaba en la municipalidad de la ciudad de Tucumán.

—¿Qué fue lo que pasó?

Alfredo empezó a contar. Laghi escuchó con atención. Tenía las manos apoyadas sobre la sotana a la altura del ombligo. Alfredo concluyó su relato y el monseñor le preguntó:

—¿Dónde cree que puede estar su mamá?

—Supongo que en Tucumán, pero la verdad es que no lo sé. A lo mejor la dejaron en Buenos Aires.

Laghi acomodó una cajita de metal que descansaba en una mesa ratona. Se apoyó de nuevo en el respaldo y miró a Naldi.

—El único consejo que puedo darles es que hablen con monseñor Emilio Graselli, el secretario del Vicariato de las Fuerzas Armadas. Él, quizá, pueda ayudarlos.

El monseñor se puso de pie. Alfredo y Naldi también se levantaron. Laghi estrechó la mano de Naldi y luego la de Alfredo. Señaló la puerta de la oficina.

—El padre Andrés debe estar afuera. Él los acompaña.

Había comenzado a lloviznar. Alfredo y Naldi acababan de salir de la Nunciatura. Caminaban hacia la parada del colectivo que los llevaría hasta Olivos. Alfredo iba en silencio.

—¿Qué sucede? —preguntó Naldi.

—Tenía la esperanza de que sacáramos algo más de esta reunión. No sirvió de mucho.

—¿Cómo que no conseguimos nada? Vamos a reunirnos con Graselli.

—A lo mejor Graselli nos termina ayudando tanto como Laghi.

Naldi dejó de caminar. Alfredo se detuvo y se paró frente al cura, que tenía gotitas de sudor en la frente.

—Si no hubiéramos venido ni siquiera se nos hubiera ocurrido lo de Graselli —dijo Naldi—. Además, vamos a poder llamarlo de parte de Laghi.

Alfredo miró hacia la esquina. Un hombre esperaba para cruzar la calle. Un colectivo pasó, pisó un charco de agua y salpicó al hombre. Alfredo miró a Naldi.

—Simplemente pensé que íbamos a conseguir algo, que Laghi nos iba a decir que trataría de averiguar dónde está mi mamá.

—Hoy avanzamos. —Naldi apoyó una mano en el hombro de Alfredo—. Tienes que estar seguro de eso —miró su reloj de muñeca—. Vamos. Tenemos que contarles a tus hermanos y a tu abuela.

La noche anterior al encuentro con monseñor Emilio Graselli Alfredo no podía dormir. Estaba en la pieza, acostado boca arriba. La luz de la calle se metía por las hendidias de la persiana y pintaba franjas delgadas en el techo. Se levantó y salió de la habitación. La casa estaba a oscuras. Caminó hasta la escalera y bajó al living. Se paró frente a la ventana que daba al jardín. Miró las flores del cantero iluminadas por un farol clavado en la pared de ladrillo. Se le ocurrió que el farol parecía sacado de la cubierta de un barco.

No dejaba de pensar que el traslado de su mamá podría haber sido una simulación. Pensaba que en el momento en que los habían sacado del lugar de la detención con los ojos vendados alguien había gritado "la mamá va en el otro auto" sólo para confundir. Luego, tal vez habían encerrado a Nelly de nuevo en el mismo lugar. "Es posible", pensó, "todo es posible". Se preguntó si Graselli podría ayudarlo y si Naldi tendría capacidad de influir sobre Graselli. Sabía que había pequeños favores que podían salvar una vida.

—¿Estás bien? —escuchó.

Era la voz de su hermana. Giró la cabeza y la vio, en camión, al pie de la escalera, iluminada por la luz del porche que entraba a través del vidrio de la puerta.

—No quería asustarte —dijo Silvana.

—No podía dormir.

—Yo tampoco.

Silvana cruzó el recibidor y se paró junto a Alfredo, delante de la ventana. Señaló con el dedo la pared de ladrillo del jardín.

—Ese farol parece sacado de un barco. —Miró a Alfredo—. ¿En qué pensás?

Alfredo miraba hacia el jardín.

—En la reunión con Graselli.

—¿Creés que podrá ayudarnos?

—Si quiere, puede. Aunque después de la reunión con Pío Laghi no sé qué pensar.

—¿Qué podría hacer Graselli?

—Ayudarnos a averiguar dónde está mamá.

Alfredo miró a su hermana. La luz que entraba por la ventana iluminaba un perfil de Silvana.

—¿Nunca se te ocurrió que a lo mejor no la trasladaron a Tucumán? —preguntó Alfredo.

—No entiendo.

—¿Cómo sabemos que mamá está en Tucumán? A lo mejor nos dijeron eso para despistarnos y se la llevaron a otra parte.

Silvana miró hacia el jardín.

—Lo más probable es que si la orden vino de Tucumán se la hayan llevado allá. Es lógico, porque nosotros vivíamos en Tucumán. ¿En qué otro lugar podrían conocer a mamá?

Alfredo miró hacia el jardín.

—Es cierto.

—Yo también pensaba en mamá.

—¿En qué pensabas?

—Es algo que me sucede varias veces por día. Si estoy acostada me pregunto: ¿dónde estará mamá acostada ahora? Y me pasa lo mismo cuando estoy desayunando o almorzando.

—Yo trato de no pensar en esas cosas.

—A veces me parece increíble que estemos acá.

Alfredo miró a su hermana. Ella dirigía la vista hacia el jardín y una lágrima se deslizaba despacio por su mejilla.

—Ustedes —dijo— deberían estar en Venezuela.

Alfredo apoyó la palma de la mano en la mejilla de su hermana. Ella lo miró. Él le secó la lágrima con el pulgar y volvió a mirar hacia el jardín. Las dudas retornaron a su cabeza. Pensó que el exilio había sido planeado con mucha anticipación. “¿Qué fue lo que hicimos mal?”, se preguntó.

—¿Te vas a quedar? —escuchó.

Giró la cabeza. Su hermana ya no estaba junto a él. Estaba parada al pie de la escalera con una mano en la barandilla.

—¿Te quedás?

—No. Voy a tratar de dormir un poco.

El Vicariato de las Fuerzas Armadas funcionaba en la parroquia Stella Maris, ubicada en la avenida Comodoro Py 1925, junto al edificio Libertad, sede de la Armada Argentina.

Alfredo y Naldi llegaron al mediodía. Pasaron el control militar apostado en la reja que rodeaba el predio, cruzaron un jardín con pinos y entraron a la parroquia. Vieron decenas de bancos de madera y un Cristo en la pared del fondo. A la izquierda de la puerta había una escalera. Subieron. En el segundo piso había escritorios y personas que hablaban por teléfono y escribían a máquina. Un hombre se acercó y les preguntó a quién buscaban. Naldi contestó que tenían una cita con monseñor Graselli. El hombre dijo que lo siguieran y caminó hacia el fondo del salón.

Se detuvo delante de una puerta, la abrió y metió la cabeza dentro de la oficina sin soltar el picaporte. Luego abrió la puerta del todo y extendió la mano invitando a Naldi y a Alfredo a pasar.

Graselli estaba sentado detrás de un escritorio. Vestía camisa oscura con cuello romano. Se levantó. Era morocho y alto. Saludó a Naldi con un apretón de manos y a Alfredo con una palmada en la espalda.

—Siéntense. ¿Agua, café o té?

—Por mí nada, gracias —contestó Naldi.

—Yo tampoco —dijo Alfredo.

Corrió la silla y se sentó. Escuchó un diálogo a sus espaldas:

—¿Monseñor?

—No hace falta nada.

—Muy bien.

Graselli volvió a sentarse detrás del escritorio y miró a Alfredo.

—El padre me dio una idea por teléfono de lo que había sucedido, pero quizá vos puedas contármelo bien.

Alfredo contó lo que había vivido con su mamá y sus hermanos a partir del 18 de febrero. Graselli lo escuchó mirándolo fijo con sus ojos marrones.

—Después de seis días nos liberaron a mí y a mis hermanos —dijo al terminar—. Nos dejaron a dos cuadras de la casa de unos amigos de mi mamá, tapados con una sábana.

Graselli hizo silencio unos segundos y luego dijo:

—¡Qué barbaridad! ¿A qué se dedicaba tu mamá en Tucumán?

—Trabajaba en la municipalidad.

Naldi estaba sentado con el saco apoyado sobre las piernas.

—¿Qué se puede hacer? A lo mejor usted tiene algún conocido en el Ejército que nos pueda decir dónde está Nelly.

En el borde del escritorio había un pequeño fichero de metal. Graselli lo arrastró y lo puso en el centro de la mesa. Señaló con un dedo las fichas bien ordenadas.

—Acá tengo más de mil fichas con datos de personas desaparecidas que sus familiares están buscando. Imagínese, padre, he tenido que crear un fichero. —Hizo una pausa—. Pero usted también me habló de otro asunto.

Alfredo miró a Naldi.

—¿Qué asunto?

—Los pasaportes y los pasajes. No podemos dejar de ocuparnos de eso.

—Lo más importante es que averigüemos dónde está mamá.

—Las dos cosas son importantes.

—Déjenme ver qué puedo hacer —intervino Graselli.

Abrió el primer cajón del escritorio, sacó una ficha y la deslizó sobre la mesa hasta dejarla delante de Alfredo. Buscó un lápiz en el mismo cajón y lo apoyó junto a la ficha.

—Anotame los datos de tu mamá. El nombre, el apellido y la fecha del día en que iban a viajar a Venezuela. Trataré de averiguar algo.

Alfredo agarró el lápiz y escribió.

Después del encuentro con Graselli, Alfredo y Naldi caminaron hasta la estación Retiro y tomaron el tren hacia Olivos. Mientras viajaban, Alfredo pensaba en la reunión. Le habían parecido sinceras las intenciones de ayudar que había mostrado Graselli. Pero, al mismo tiempo, el cura trabajaba a pocos pasos del edificio de la Marina protegido por los militares. Pensó en el fichero apoyado al costado del escritorio. Se preguntó qué habría hecho el monseñor en cada uno de esos casos. “¿Se habrá ocupado de todos o habrá elegido por simpatía? ¿Habrá contado lo que averiguó?” Una idea apareció en sus pensamientos, una certeza que le produjo un nudo en la boca del estómago: “Todo depende de cómo le hayamos caído a este hombre”.

Pasaron varios días sin salir de la casa de Olivos. Naldi llamaba cotidianamente a Graselli para ver si había novedades, y él le decía que volviera a comunicarse al día siguiente.

Era mediodía, Alfredo estaba en el porche, sentado en el banco de madera. Escuchó que abrían la puerta. Naldi salió al porche y se apoyó en el barandal, dándole la espalda al jardín iluminado por el sol y mirando hacia Alfredo.

—Acabo a hablar otra vez con Graselli.

—¿Y?

—Me dijo que le resulta muy difícil conseguir los permisos de salida y los pasaportes.

—¿Por qué?

—Porque ustedes son todos menores de edad y no está ninguno de sus padres.

Alfredo miró el piso, que tenía hojitas de pasto.

—No entiendo. Se llevan a mi mamá y después dicen que estamos solos. Seguro que si mi papá viene de Venezuela se lo llevan también.

—Lo sé. Graselli dice que veamos a un juez de menores para que certifique que ninguno de tus padres está presente.

Con esa certificación el mismo juez puede hacer el permiso de salida.

El cura caminó hasta la puerta de la casa y agarró el pica-
porte. Giró la cabeza y miró a Alfredo.

—Voy a explicarle al resto de tus hermanos.

La chica hablaba por teléfono. Era la secretaria del despacho de la jueza federal de San Isidro Diana Martínez. Sonó un timbre. La secretaria agarró el tubo de otro teléfono y, antes de contestar, dijo por el que venía hablando:

—Esperame un segundo que es la jueza.

Apoyó un tubo sobre el escritorio y se llevó el otro a la oreja.

—¿Los hago pasar? —preguntó. Miró a Alfredo y a Naldi, que llevaban varios minutos esperando sentados en un sillón—. La jueza los va a recibir ahora.

Diana Martínez usaba lentes y hojeaba una carpeta. En la pared detrás de ella había una biblioteca. En el lomo de los libros guardados en los estantes superiores decía: “Código Penal”. La jueza, sin dejar de mirar la carpeta, dijo:

—Siéntense. Ya termino. Este expediente es imposible.

Se quitó los lentes y los apoyó junto a una pila de papeles.

—Monseñor Graselli habló conmigo y me explicó el problema. —Dirigió la mirada hacia Alfredo, que se había sentado en una silla frente al escritorio de la magistrada, al lado de Naldi—. Quizá vos quieras contarme bien lo que sucedió.

Alfredo se preguntó si repetir la historia cada vez que se reunía con alguien no sería peligroso. No entendía por qué la jueza le pedía que contara lo que había pasado si ella había hablado con Graselli. De todos modos, respiró profundo y lo relató.

Cuando terminó, la jueza seguía con la misma mirada inexpresiva que había tenido durante todo el relato.

—¿Tu papá sigue en Venezuela?

—Sí.

—¿No hay posibilidades de que venga?

—No puede.

La jueza volvió la mirada hacia Naldi.

—En ausencia de los padres, un juez puede firmar el permiso de salida de un menor —miró a Alfredo—. Sobre tu papá la cuestión es clara. Él está en otro país y no puede venir. El tema es la ausencia de la mamá.

—¿A qué se refiere? —preguntó Naldi.

—¿Cómo explicar la ausencia de la madre? —La jueza mostró la palma de ambas manos—. ¿Cómo justificamos que no está?

—Acabo de contarle lo que pasó —dijo Alfredo.

—El único camino que se me ocurre es que los chicos firmen un papel diciendo que la madre los abandonó —dijo la jueza.

—¿¡Qué! —dijo Alfredo.

Sintió que su corazón latía más rápido dentro del pecho.

—Tiene que haber otra forma —dijo Naldi.

—¿Cuál? Dígame usted —dijo la jueza.

El cura palmeó la pierna de Alfredo, quien giró la cabeza y miró al cura.

—¿Estás bien?

—Sí.

Naldi dirigió la mirada hacia la jueza.

—Seguramente hay otra manera de que usted pueda hacer el permiso.

La jueza negó con la cabeza.

—Le doy ejemplos: si pudiéramos que la madre está enferma y no puede movilizarse, deberíamos acercarnos hasta el lugar donde se encuentre y hacer el trámite ahí. Si estuviera incapacitada de firmar por algún problema de salud que la tuviera, no sé... inconsciente, deberíamos presentar un certificado médico. Ninguna de estas dos cosas es posible. Pero si los chicos dicen que se fue, se resuelve.

Alfredo miró a la jueza a los ojos.

—Es que no se fue. Se la llevaron.

La jueza levantó las cejas.

—Denos un tiempo —dijo Naldi, y se volvió hacia Alfredo—. Vamos. Hay que conversar esto con el resto de tus hermanos.

Alfredo y Naldi regresaron a la casa de Olivos. Se reunieron en el comedor con el resto de los hermanos Forti y la abuela Monona. El cura contó el encuentro con Diana Martínez y la propuesta de la jueza para autorizar los permisos de salida. Alfredo y sus hermanos dieron la misma respuesta: jamás firmarían un papel diciendo que su mamá los había abandonado.

Alfredo bajó por la escalera. Llegó al recibidor y vio a Naldi sentado en el sillón, junto a la mesita del teléfono. Se acercó. Naldi le mostró la palma de la mano pidiéndole que se detuviera y, por el teléfono, dijo:

—Te esperamos. Tú no sabes qué rico cocinan estas chicas. Hasta mañana.

Colgó y miró a Alfredo.

—Graselli viene a almorzar.

—¿Le contaste lo que pasó con la jueza?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Nada en particular. Sólo quiere conocer al resto de tus hermanos. Hay algo que debemos tener en cuenta: es muy importante evitar hablar de la actividad política de tu mamá.

—Entiendo. Yo se lo explico a mis hermanos.

Alfredo se dio vuelta y caminó hacia el comedor.

—Alfredo —escuchó.

Miró por encima del hombro.

—Todo va a salir bien —dijo Naldi.

Sonó el timbre. Alfredo, sus hermanos, Naldi y la abuela estaban sentados en los sillones del living. Naldi se levantó, fue hasta la puerta y salió de la casa. Silvana estaba al lado de Alfredo.

—¿Qué tal es Graselli?

—No lo sé. Lo vi una sola vez.

Naldi volvió a la casa con Graselli. El monseñor vestía camisa oscura con cuello romano y llevaba el saco colgado del brazo. Los dos curas se quedaron parados en el recibidor.

—Él es monseñor Graselli —dijo Naldi.

Alfredo se levantó para ir a saludarlo, sus hermanos y la abuela también. Graselli le dio un beso en la mejilla a cada uno.

Se sentaron alrededor de la mesa. Las tres chicas habían preparado un banquete: una fuente con pionono, otra con ensalada rusa, jamón crudo y aceitunas. Además, berenjenas en escabeche y dos tartas, una de verduras y la otra de jamón y queso.

Mientras comían, Graselli preguntó qué querían estudiar en el futuro. Alfredo prestaba atención a las respuestas de sus hermanos, preocupado porque alguno hablara más de lo debido.

De pronto, Guillermo dijo:

—Hoy gané mi primer campeonato de tinenti.

Graselli estaba sentado frente Guillermo. Pinchó con el tenedor un pedazo de tarta.

—¿Desde cuándo jugás?

El más chico de los hermanos Forti giró la cabeza y miró a Alfredo, que estaba sentado junto a él. Alfredo asintió. Guillermo miró al monseñor.

—Jugamos al tinenti desde que nos llevaron detenidos.

Graselli dejó los cubiertos junto al plato. Dirigió la mirada hacia Naldi, que estaba sentado en la cabecera de la mesa.

—Ayer hablé con el general Albano Harguindeguy, el ministro del Interior. Tengo que volver a llamarlo, pero creo que encontré la forma de resolver el tema de los pasaportes.

—¿Y lo de mi mamá? —preguntó Alfredo.

—Vamos a ver qué podemos hacer —contestó Graselli—. Pero respecto de los documentos tenemos una solución.

El Ford Falcon gris estacionó junto al cordón de la vereda. Los rayos del sol se reflejaron en el techo del auto. Alfredo miraba desde el porche, donde esperaba con Naldi y sus hermanos.

—Ése es el auto de Graselli que viene a buscarlos —dijo Naldi.

El monseñor bajó por la puerta del conductor y se quedó parado en la calle. Se veía sólo la mitad de su cuerpo por arriba del techo del auto. Hizo una seña con la mano como si se abanicara.

—Hora de irse —dijo Naldi—. ¿Tienen los documentos?

—Yo los tengo —contestó Alfredo.

Los hermanos Forti cruzaron el jardín y saludaron a Graselli en la vereda. Se subieron al Falcon. En el asiento de adelante se sentaron Alfredo, Guillermo y el monseñor, que iba frente al volante. En el de atrás se acomodaron Renato, Néstor, Silvana y Mario.

Graselli puso primera y arrancó. Alfredo miraba al monseñor, que manejaba con las dos manos sobre el volante.

—Estamos yendo al Departamento Central de Policía —dijo Graselli—. Ahí resolveremos el tema de los pasaportes.

Alfredo pensó que era posible averiguar algo sobre su mamá en el Departamento de Policía. Si Graselli tenía los contactos

para que él y sus hermanos hicieran los pasaportes, también debía poder preguntar por Nelly.

El auto estacionó. En la otra cuadra se veían varios patrulleros junto al cordón de la vereda y una larga fila de personas esperando para entrar al edificio. Graselli bajó del auto. Alfredo abrió su puerta y escuchó:

—No quiero ir.

Miró por encima del hombro.

—¿Qué?

—No quiero —dijo Guillermo.

—¿Por qué?

—Porque no.

Silvana estaba en el asiento trasero; no se había bajado.

—¿Qué pasa?

Graselli abrió la puerta del conductor y metió la cabeza en el auto.

—¿Por qué no bajan?

—No quiero ir —contestó Guillermo.

—¿Qué pasa?

—No quiero.

—No te asustes. Hacemos los trámites y salimos. Yo voy a estar todo el tiempo con ustedes.

—Dale, vamos, no va a pasar nada —dijo Alfredo.

Se bajó del auto y Guillermo lo siguió.

Toda la cuadra estaba ocupada por la fila de personas que esperaban para hacer trámites. Los hermanos Forti y Graselli se formaron al final, detrás de una anciana que estaba sola.

—Ahora vengo, espérenme —dijo Graselli.

Salió de la fila y caminó por un costado hacia el edificio de la policía. La anciana que estaba delante de los hermanos Forti miró por encima del hombro; usaba lentes.

—Después de esto tengo que ir a pagar la luz. Seguro voy a tener que hacer otra cola.

Alfredo se puso en puntas de pie y vio a Graselli, que se acercaba por un costado de la fila acompañado por un policía de uniforme y bigotes. Alfredo pensó que a lo mejor Graselli no los había traído para hacer los pasaportes sino para entregarlos. Sabía, racionalmente, que era casi imposible, pero el pensamiento surgió de su interior como la erupción inesperada de un volcán. El monseñor y el policía se pararon junto a los hermanos Forti.

—Son ellos seis.

—Está bien —dijo el policía.

—Vamos —dijo Graselli.

Los hermanos Forti salieron de la fila. Caminaron detrás de Graselli hacia el cuartel. Alfredo miró por encima del hombro y vio a la anciana de lentes, que no le quitaba los ojos de encima.

Cruzaron la puerta principal y entraron a un hall. Había tablas empotradas en las cuatro paredes. Varias personas las usaban para apoyar los formularios que escribían. Graselli se acercó hasta un escritorio, en un rincón, agarró los formularios y luego los repartió entre los hermanos Forti.

—Llenen esto con sus datos y hacemos el trámite.

Los hermanos se pararon delante de la tabla.

Alfredo tomó una birome que estaba apoyada sobre la tabla y atada a la pared con un hilo. Escribió su apellido, su nombre, su fecha de nacimiento. Giró la cabeza y vio a Graselli parado junto al escritorio en el que se entregaban los formularios. Dejó la birome y se acercó al monseñor.

—¿Qué pasa? —preguntó Graselli.

Alfredo acercó la boca al oído del monseñor.

—Podríamos preguntar por mi mamá.

—¿Qué?

—Usted conoce al jefe de policía. A lo mejor él puede decirle algo de mi mamá.

—Puede ser. Tenemos que hacerlo ahora. Cuando terminen de llenar los formularios, si todavía no volví, hagan la fila para las fotos y las huellas digitales.

El monseñor salió por una puerta que daba a un patio en el que había una fuente con la figura de un ángel. Alfredo volvió a ubicarse delante de la tabla para llenar su formulario. Se paró al lado de Mario, que le preguntó de qué hablaba con Graselli.

—Nada especial, sobre los trámites.

Los hermanos Forti terminaron y se pararon en medio del hall. Seguía entrando gente por la puerta que daba a la vereda. El monseñor no había vuelto.

—¿Dónde está Graselli? —preguntó Mario.

—Ahora viene. Tenía que averiguar algo sobre nuestros documentos. Me dijo que siguiéramos avanzando —dijo Alfredo. Señaló una pared en la que había una abertura con un cartel arriba: "Pasaportes".

Detrás de la abertura había un pasillo y una fila de personas. Los hermanos Forti se formaron al final. Alfredo quedó último. Miró por un costado de la fila, y al fondo vio a una mujer de guardapolvo azul sentada detrás de un escritorio.

La fila fue avanzando. Las personas pasaban delante del escritorio y luego entraban por una puerta en la pared lateral. Ahora Mario quedó primero. Alfredo escuchó el diálogo entre él y la mujer de guardapolvo azul.

—¿Estás con tus padres?

—No.

—Entonces necesitás una autorización, por ser menor.
¿Ellos son tus hermanos?

—Sí.

—¿Todos son menores?

—Sí.

—También necesitan autorización.

—Esperá, esperá —dijo una voz masculina.

Por un costado apareció el policía de bigotes que había buscado a los hermanos Forti en la vereda. El oficial venía detrás. Alfredo pensó que a lo mejor hacía guardia en la otra punta del pasillo. El policía se paró junto al escritorio y le habló a la mujer al oído. Luego caminó hasta Alfredo.

—¿Y el cura?

—Ahora viene.

—Van a tener que esperarlo. Pueden quedarse ahí, al costado.

Los hermanos Forti se pararon junto al escritorio. Estaban a pocos pasos de la puerta en la pared lateral, que estaba abierta; se escuchó una voz:

—Si querés, sonreí.

Ahora, por la misma puerta, salió un destello de luz.

Llevaban varios minutos esperando cuando Alfredo vio a Graselli acercándose por un costado de la fila. El monseñor se detuvo delante del escritorio y le habló al oído a la mujer de guardapolvo azul, que se puso de pie, y a su vez le habló al oído a Mario. Mario estaba al lado de Alfredo. Giró la cabeza.

—Tenemos que ir de a uno allá. —Señaló la puerta en la pared—. Voy primero.

Mario entró en la oficina. Graselli se paró junto a Alfredo y le habló en voz muy baja:

—El prontuario de tu mamá no tiene nada. No figura que la hayan detenido jamás. No saben dónde puede estar.

A Alfredo se le aceleró el corazón y también habló en voz baja:

—¿Cómo puede ser que no tengan nada? Yo recuerdo que había policías en el operativo.

—No sé qué decirte. Es lo que figura. A lo mejor es cierto que la trasladaron a Tucumán y allá tienen más información.

Mario salió al pasillo y se acercó hasta Alfredo.

—Te toca.

En la oficina había un paraguas plateado, abierto, con la cara interna mirando hacia el frente. Junto al paraguas, un hombre de civil con una cámara sostenida por un trípode. Alfredo pensaba en lo que acababa de decirle Graselli. No entendía por qué no había datos sobre la detención de su mamá en el cuartel de policía. Se preguntaba si el monseñor no le habría mentado.

—Quedate ahí y mirá hacia acá —dijo el hombre parado junto al paraguas y movió los dedos de su mano derecha—. Eso es. Se disparó el flash y Alfredo cerró los ojos.

Terminaron de sacarse las fotos y fueron a que les tomaran las huellas digitales. Después esperaron dos horas sentados en unas sillas contra la pared, hasta que un policía se acercó y les dijo que podían buscar sus pasaportes en el hall de entrada. Retiraron los documentos y emprendieron el viaje de vuelta a Olivos en el auto del monseñor. Alfredo estuvo en silencio todo el trayecto. Cuando llegaron, Graselli le dio los cinco pasaportes y se despidió sin bajar del auto. En la casa esperaban a los hermanos Forti con la mesa puesta. Mientras tomaban la merienda, Alfredo continuó sin hablar. Sus hermanos se encargaron de contarle a Naldi y a la abuela todo lo que habían hecho.

Salió al porche. Se sentó en el banco de madera. No había nubes en el cielo y anochecía. Escuchó el picaporte. Naldi salió de la casa y cerró la puerta.

—Casi no hablaste.

Se sentó en el banco al lado de Alfredo.

—Mis hermanos no lo saben, así que por favor no les cuentes —dijo Alfredo—. En el cuartel de policía le pedí a Graselli que averiguara sobre mi mamá.

—¿Y?

—Preguntó, pero le dijeron que no sabían nada. No sé si será verdad. Eso fue lo que me dijo a mí.

—Hay que insistir.

—Sí... pero... ya hicimos los pasaportes.

—¿Y?

Alfredo miró a Naldi. Un mechón del pelo blanco del cura se movía con la brisa.

—Pronto nos vamos a ir.

—Afuera del país se pueden hacer más cosas para ayudar a tu mamá.

—¿A qué te referís?

—A gestionar cartas, pedidos de informes, demandas internacionales.

—Puede ser.

—Créeme que es posible hacer muchas cosas. Además todavía falta resolver el tema de los pasajes.

Apoyó una mano en el hombro de Alfredo.

—Vamos a poder ayudar a tu mamá, créeme.

El cura se levantó, abrió la puerta y entró a la casa.

Alfredo se quedó mirando el cielo azul oscuro salpicado con unas pocas estrellas. Recordó lo que le había dicho su hermana la madrugada en la que se habían quedado charlando en el living: “Cuando me voy a acostar pienso dónde estará mamá ahora”. Alfredo miró la calle vacía iluminada por los faroles. Le pareció la imagen de un pueblo fantasma, un lugar donde no vivía nadie

Alfredo y Naldi bajaron del tren en Retiro. Caminaron hasta la plaza San Martín y tomaron por la peatonal Florida. Iban hacia el edificio de Aerolíneas Argentinas.

El día anterior, Graselli se había comunicado con Naldi. Lo llamó para contarle que había hablado con el brigadier San Juan, el militar que presidía Aerolíneas Argentinas, y le había explicado la situación de los hermanos Forti. San Juan le dijo que trataría de ayudarlos.

El edificio de Aerolíneas era un triángulo de doce pisos con ventanas cuadradas. Se erguía en la esquina de Florida y Rivadavia. Empujaron la puerta y caminaron hasta el escritorio de la recepción, en el que había una chica hablando por teléfono.

—Yo se lo dije: ¿cómo puede ser que te banqués una cosa así de un tipo? Es... —la chica miró a Naldi y tapó el micrófono del tubo del teléfono con una mano—. ¿Sí?

—Tenemos una cita con el brigadier San Juan.

La recepcionista, por el teléfono, dijo:

—En un rato te llamo.

Colgó. Marcó tres números y le anunció a quien atendió del otro lado que había dos personas para ver al brigadier. Miró a Naldi y le preguntó su nombre. El cura contestó. Ella informó

por el teléfono y después señaló con el dedo el fondo del hall.

—Suban al último piso. Allá están los ascensores. Cuando bajen van a ver un gran recibidor. Ahí está la oficina del brigadier. Tienen que hablar con su secretaria, Aída.

En el ascensor, Alfredo miraba los números luminosos arriba de la puerta: 5, 6, 7...

—Tratemos de no hablar demasiado del día del secuestro —dijo Naldi—. Cuenta lo justo y necesario para explicar por qué no tenemos los pasajes.

—Está bien.

El salón del piso doce era amplio y alfombrado. Había una mujer de rulos sentada detrás de un escritorio y hojeando una carpeta. Alfredo y Naldi se acercaron. La mujer cerró la carpeta.

—Venimos a ver al brigadier San Juan —dijo Naldi.

—Sí. Yo soy Aída, la secretaria. El brigadier está ocupado y me pidió que me encargara. Es por unos pasajes de... —miró un papel— los hermanos Forti.

—Sí.

Aída sacó del cajón un block de hojas y una birome. Escribió y arrancó el papel. Se lo dio a Alfredo.

—Vayan al sexto piso, a la oficina 602. Hablen con Claudio Roggiero. Él se ocupa de los reintegros. Denle esta nota.

Alfredo miró el papel. “Van de parte de San Juan”, decía.

En el pasillo del sexto piso las puertas tenían un número en el marco superior; al fondo encontraron la oficina 602. La puerta estaba levemente abierta. Naldi iba a tocar con los nudillos cuando, del otro lado, se escuchó:

—Cómo se supone que voy a resolver esto. Otros se mandan cagadas y yo las tengo que arreglar. No te puedo asegurar nada.

Naldi tocó.

—Adelante.

En la oficina se encontraron con un hombre de camisa y corbata, sin saco, sentado detrás de un escritorio.

—Qué tal, padre. Yo soy Claudio Roggiero —señaló dos sillas—. Siéntense, por favor.

Sobre el escritorio había una maqueta de un avión sostenida por un soporte de metal. La aeronave parecía volar sobre los papeles.

—Aída me explicó la situación. Necesito que ustedes me digan qué día no pudieron viajar y en qué vuelo.

—El 18 de febrero, en el vuelo 284 hacia Caracas —dijo Alfredo.

—¿Por qué no pudieron viajar?

Alfredo miró a Naldi. El cura asintió.

—Nos bajaron del avión. Estuvimos detenidos y cuando nos soltaron no nos devolvieron los pasajes.

El empleado de Aerolíneas se quedó en silencio. Alfredo pensó que buscaba alguna frase acorde a las circunstancias y que no la encontraba.

—Es que no tenían los pasajes —dijo Roggiero.

—¿Qué?

Roggiero se levantó. Se paró delante de un modular en el que había decenas de carpetas.

—Febrero.

Empezó a revisar.

Volvió a sentarse. Traía una carpeta. La abrió, pasó varias hojas y giró la carpeta para que Alfredo y Naldi la vieran.

—A esto me refería.

Apoyó el dedo índice en el centro de la hoja.

Alfredo y Naldi miraron lo que Roggiero señalaba. En el papel había una lista de nombres y el dedo del empleado estaba junto al de Alfredo Forti.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Naldi.

—Es el registro de las personas que subieron al vuelo 284 del 18 de febrero. Yo me encargo de las personas que no

pudieron usar sus pasajes. Se paga una multa, se cambia la fecha y listo. El tema, en este caso, es que para el registro de la empresa los pasajes se usaron —Roggiero señaló el modular con las carpetas apiladas—. Si quieren busco los talonarios.

—No hace falta —dijo Naldi.

—Tendrían que hablar con la jefa de ventas, a lo mejor ella los puede ayudar. Vayan a la oficina 609, en este mismo piso. Ahí está Isabel Sánchez. Yo le aviso ahora por teléfono.

Isabel Sánchez era alta y rubia. Estaba de pie sirviéndose agua de una jarra en un vaso de plástico.

—El problema es que los pasajes se usaron.

—Pero nosotros no viajamos —dijo Alfredo, que estaba de pie junto a Naldi, frente al escritorio de ella.

—Lo entiendo —dijo la mujer—. Pero Aerolíneas no tiene nada que ver en eso. Créame que si fuera una responsabilidad nuestra yo podría buscar una solución.

—Mire, vinimos para hablar con el brigadier San Juan —dijo Naldi—. Él nos iba a dar una solución.

La empleada tomó un sorbo de agua y se sentó.

—La compañía no puede reponer un pasaje que ya se usó.

—No se usó —dijo Alfredo.

—Si las personas suben al avión, para los registros de la empresa el pasaje fue utilizado.

—Alguna solución debe haber. No creo que San Juan nos haya hecho venir porque sí —dijo Naldi.

—Reponer los pasajes es imposible. Lo que se puede hacer es emitir nuevos.

Naldi arqueó las cejas.

—¿Tenemos que volver a comprarlos?

La mujer asintió con la cabeza.

—Vamos a tener que hablar con San Juan —dijo el cura.

—La única opción para no comprar los pasajes de nuevo es que la empresa los saque de los de cortesía —dijo Sánchez.

—¿Es posible?

—Si San Juan da la orden, sí.

La mujer agarró el vaso y bebió un sorbo de agua.

Subían de nuevo por el ascensor al piso doce. Alfredo tenía un nudo en la garganta. Lo había invadido la sensación de que viajar a Venezuela era abandonar a su mamá. Se repetía a sí mismo lo que Naldi le había dicho: “En el exterior vas a poder hacer más gestiones para averiguar dónde está”. Pero el nudo en la garganta persistía.

Aída estaba parada junto a la puerta de la oficina de San Juan, que estaba apenas abierta. La secretaria acercaba el oído para escuchar.

—¡Son una manga de inútiles! —dijo alguien dentro de la oficina—. No pueden resolver un carajo.

Aída miró por encima del hombro y vio a Naldi y a Alfredo. Cerró la puerta despacio y se paró detrás de su escritorio.

—El brigadier está ocupado.

—La encargada de los pasajes nos dijo que teníamos que hablar con él —dijo Naldi.

—El brigadier me pidió que me ocupara. Díganme.

—La encargada de los pasajes nos dijo que San Juan debía dar la orden para que se emitieran tickets de cortesía.

Aída se sentó. Abrió el primer cajón y sacó su block de hojas y su birome.

—¿Qué les dijo?

—Que San Juan tenía que autorizar los pasajes de cortesía.

La secretaria escribió, arrancó la hoja y se levantó. Se paró delante de la puerta de la oficina y tocó con los nudillos.

—¿Quién es?!

—Aída.

—Adelante.

Entró a la oficina, entornó la puerta y la dejó levemente abierta. Alfredo escuchó la conversación entre la secretaria y el brigadier.

—Sánchez les dijo que necesitaban pasajes de cortesía.

—¡Estoy rodeado de pelotudos! ¿Ésa es la solución que se les ocurrió? ¿Cuánto tiempo se tomaron para pensarla? Para eso lo resolvía yo desde el principio. ¿Dónde están estas personas?

—Afuera.

—¿Tenés acá mi sello y la autorización?

—No, tengo que prepararla. Son cinco minutos. Ya se la traigo.

—No te vuelvas una inútil como los demás, Aída. Traémelo.

La secretaria salió de la oficina, se sentó detrás de su escritorio, abrió el cajón y miró a Alfredo.

—¿En la oficina de Roggiero estaban los comprobantes de los pasajes?

—Creo que sí.

Aída habló por teléfono con Roggiero. Le pidió que buscara los comprobantes de los cinco hermanos Forti. Anotó los datos, sosteniendo el tubo del teléfono contra su oreja con el hombro. Después se levantó y entró a la oficina de San Juan, cerrando la puerta tras de sí. Naldi y Alfredo se sentaron frente al escritorio de la secretaria.

—Nos estamos olvidando de Silvana —dijo Alfredo.

—Ella tiene el pasaje abierto, el que le habían comprado tus padres para que viajara después de los exámenes. Sólo tendrá que acomodar la fecha con la de ustedes.

—¿Cuándo vamos a decidir el día del viaje?

—Lo antes posible.

—¿Vos vas a viajar con nosotros?

—Sí. Sería muy peligroso que me quede.

La secretaria salió de la oficina y le dio la hoja a Naldi.

—Acá está la autorización. Vayan de nuevo al sexto piso.

Le dieron a Isabel Sánchez la autorización. Ella abrió el primer cajón de su escritorio con una llave, sacó cinco tickets y comenzó a escribir los datos.

Demián Verduga

—¿Ya saben en qué fecha quieren viajar?

—Todavía no —dijo Naldi—. Hay que coordinarlo con una persona más.

—La reserva definitiva pueden hacerla por teléfono. Los tickets de cortesía están abiertos por un año.

La mujer le dio los pasajes a Naldi.

Tercera parte

El exilio

Sonó el timbre. Alfredo, sus hermanos y la abuela esperaban sentados en los sillones del living. Las valijas estaban una junto a la otra en el recibidor. Alfredo se acercó a la ventana, corrió la cortina y miró. El cielo estaba nublado y, en la vereda, Graselli hablaba con Álvaro Carnevali, el funcionario de la embajada venezolana, y con otro tipo de saco y corbata. Había tres autos estacionados junto al cordón. Alfredo miró por encima del hombro a sus hermanos y a su abuela, que seguían sentados en los sillones.

—Llegaron —dijo.

Soltó la cortina y miró su reloj. Eran las siete y media de la mañana del martes 22 de marzo de 1977. Había pasado más de un mes desde el día del secuestro.

Naldi se había encargado de coordinar el traslado hasta el aeropuerto de Ezeiza. Carnevali llevaría a los hermanos Forti en dos autos con placas diplomáticas y después los acompañaría hasta el avión. Monseñor Graselli también iría en su auto y estaría acompañado por dos policías.

—Tenemos que salir —escuchó Alfredo.

Naldi estaba parado frente a la puerta poniéndose el saco.

Los hermanos se despidieron en el porche de las tres chicas que vivían en la casa de la tía Elena. Cruzaron el jardín, saludaron a Carnevali, a Graselli y al otro hombre, que se llamaba Rodrigo López y también era funcionario de la embajada venezolana. López manejaría uno de los dos autos diplomáticos.

Guardaron las valijas y decidieron cómo se repartirían en los vehículos. Alfredo, Guillermo, Silvana y la abuela irían en el auto de López. Néstor, Mario y Renato viajarían en el de Carnevali. Naldi iría en el Falcon con Graselli y los dos policías.

Todavía seguían estacionados. Alfredo se había sentado adelante y miraba a Naldi, que estaba parado en la vereda. El cura se ubicó junto a la puerta de Alfredo y con la mano le pidió que bajara la ventanilla. Él la bajó hasta la mitad, y Naldi le habló a Rodrigo López, que tenía las dos manos sobre el volante.

—El Falcon en el que vamos Graselli y yo está primero. Carnevali nos va a seguir a nosotros, ustedes síganlo a él. En el Falcon hay dos policías y es mejor que vayamos adelante por si aparece algún control en el camino.

—Bien.

López encendió el motor. Esperó hasta que el auto de Carnevali avanzara y lo siguió. Alfredo miró por la ventana. Las casas de la cuadra, con sus jardines y sus techos de teja, pasaban una tras otra. Pensó en las familias que vivían allí. Los que tenían hijos chicos seguramente los estarían levantando para llevarlos a la escuela y los ancianos ya estarían escuchando las noticias por la radio. Pensó que las grandes tristezas de la vida, como la que él tenía ahora, transcurrían así, con el resto del mundo siguiendo su rutina del otro lado del vidrio.

Tomaron la autopista hacia al aeropuerto. Mientras manejaba, Rodrigo hizo preguntas sobre la vida en Tucumán. Silvana, Guillermo y la abuela le contestaban; Alfredo, no. El cielo fue iluminándose durante el trayecto pero se mantuvo

nublado. Los bosques de Ezeiza aparecieron a los costados de la autopista y luego los hangares y los aviones estacionados.

De pronto Rodrigo frenó. El auto de Carnevali se había detenido detrás del de Graselli, que a su vez se había parado delante de la barrera de entrada al estacionamiento del aeropuerto. Alfredo vio por el parabrisas que uno de los policías se bajó del Falcon. El oficial subió a la vereda y se paró junto a la garita desde la que se manejaba la barrera. Un hombre con walkie-talkie salió de la garita. Habló con el policía y luego por el walkie-talkie. Graselli bajó de su auto y se paró al lado del policía.

—Algo sucede —dijo López, que seguía agarrando el volante con las dos manos.

—¿Qué puede pasar? —preguntó Silvana desde el asiento de atrás.

—No sé, pero alguna dificultad hay.

—Voy a ver —dijo Alfredo.

—¡No! —dijo López, y lo sostuvo del brazo—. Ustedes no se tienen que mover de este auto.

Alfredo siguió mirando qué ocurría. Naldi también se había bajado del Falcon y estaba en la vereda con Graselli, el policía y el hombre del walkie-talkie.

Naldi caminó hasta el auto de López y se paró junto a la puerta del conductor. López bajó el vidrio hasta la mitad.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Parece que hay contraórdenes.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Alfredo.

—Alguien dio la orden de no dejarnos pasar.

—¿Cómo?

—Supongo que Graselli lo resolverá.

A lo lejos se escuchó:

—¡Alfonso!

Alfredo miró por el parabrisas hacia la garita. Graselli movía la mano como si se tirara aire en la cara.

—Me parece que ya se resolvió —dijo Naldi.

Demían Verduga

Caminó hacia el Falcon.

La barrera pintada con rayas rojas y blancas se levantó.
López puso primera y arrancó detrás del auto de Carnevali.
Entraron al estacionamiento.

En el hall del aeropuerto había varias filas de pasajeros con sus carritos cargados de valijas. Una voz femenina hablaba por los parlantes del techo y Alfredo no entendía lo que decía.

—¿Quién tiene los documentos? —preguntó Graselli.

Naldi los sacó del bolsillo de su saco y se los dio al monseñor.

—Es mejor que no vayamos todos a la fila —dijo Graselli—. Yo acompaño a los chicos y al padre Naldi. Ustedes esperen acá.

—Me parece bien —dijo Carnevali.

Los hermanos Forti, Naldi y Graselli caminaron por el hall mirando hacia los mostradores hasta que vieron el que decía "Vuelo 387. Caracas". Se formaron. Quedaron detrás de una pareja y tres niños vestidos con remeras estampadas con Mickey Mouse; parecían uniformados.

—Mamá —dijo uno de los neños y tironeó de la blusa de la mujer.

Ella miró por encima del hombro hacia abajo.

—¿Qué?

—¿Cuándo vamos a ir a Disney?

—Primero vamos a pasar una semana en Venezuela, en la playa, y después vamos a Orlando.

—Cuando lleguemos, ¿podemos subirnos a la montaña rusa con agua?

—¿Hay una montaña rusa con agua?

El nene asintió con la cabeza.

—Entonces sí.

Alfredo recordó la mañana del 18 de febrero y los dos nenes que se peleaban en el hall tironeándose de la remera. Tuvo la sensación de que las cosas se repetían. Miró a Graselli, que estaba parado junto a él.

—¿Cómo vamos a hacer sin los permisos?

—No te preocupes por eso, está arreglado.

Llegaron al mostrador. Atendía una chica de saco azul y pelo recogido. Graselli le dio los pasaportes y los pasajes. La chica comenzó a revisarlos. Alfredo y Naldi empezaron a subir las valijas a la balanza. Un hombre parado del otro lado del mostrador controlaba cuánto pesaban, les ataba un cartón en la manija y las bajaba.

—¿Son menores los seis? —preguntó la chica. Había desplegado los pasaportes sobre el mostrador.

—Sí —dijo Graselli.

—¿No está ninguno de los padres?

—No.

—Entonces necesitan los permisos de ambos.

—Tenía entendido que eso se pedía en Migraciones.

—Sí.

—Entonces no se preocupe, señorita, tienen todos los documentos que necesitan.

—Bueno, pero mire que si no tienen los permisos no los van a dejar pasar por Migraciones.

La chica engrampó los tickets de las valijas en uno de los pases de abordar y le dio todo a Graselli.

—Gracias —dijo el monseñor.

Cerca de la escalera mecánica que llevaba a Migraciones los hermanos Forti, Graselli, Naldi, Carnevali, Rodrigo y la

abuela estaban parados en círculo. Alfredo volvió la cabeza y a unos pasos vio a un hombre acompañado por una mujer y una nena. El hombre le dio un beso en la boca a la mujer, levantó a la nena con las dos manos, le besó el cachete y la dejó en el piso. Luego subió a la escalera mecánica.

—Decile chau a papá —dijo la mujer.

La nena saludó con la mano.

—Nos tenemos que ir —dijo Naldi—. Graselli nos va a acompañar hasta que pasemos Migraciones y Carnevali hasta el avión.

Silvana se paró delante de la abuela y le apoyó la cabeza en el hombro. Empezó a llorar. Guillermo, Mario, Renato y Néstor también se acercaron a Monona y la envolvieron en abrazos. Cuando terminaron de despedirse, Alfredo se acercó a Monona. La abuela le apoyó la palma de la mano en la mejilla y se la acarició con el pulgar. Alfredo encontró una expresión calma en los ojos de Monona. Pensó que quizá tenía cierta paz por haber podido sacar a sus nietos de la Argentina con vida. La abrazó.

—Va a ser mejor que nos apuremos —dijo Naldi.

Se despidieron de Rodrigo López y subieron a la escalera mecánica. Graselli iba primero con Carnevali. Alfredo miró hacia el pie de la escalera. López estaba parado al lado de su abuela. Alfredo saludó a los dos con la mano y los perdió de vista.

El salón de Migraciones tenía tres garitas al fondo y había una fila de pasajeros detrás de cada una de ellas. Alfredo pensó que era posible volver a ver al hombre que los había atendido el 18 de febrero, el que había participado del operativo para bajarlos del avión. Se le hizo un nudo en el estómago.

Llegaron delante de la garita. Alfredo y Graselli se pararon frente al vidrio. El resto de los hermanos Forti, Naldi y Carnevali quedaron un paso detrás de ellos. Graselli pasó los pasaportes por la abertura de la parte baja del vidrio. El tipo flaco que atendía comenzó a revisar. Alfredo percibió algo por

el rabillo de su ojo derecho y giró la cabeza. En la garita de al lado estaba el hombre de cara gorda, bigotes y pelo engominado que los había atendido el 18 de febrero. El tipo revisaba un pasaporte. Devolvió el documento, giró la cabeza y sus ojos marrones, pequeños, se encontraron con los de Alfredo. Pasaron unos segundos. El gordo le prestó atención a otro pasajero que esperaba delante de su garita. Alfredo sentía que su corazón latía a gran velocidad. Se dio vuelta y habló en voz muy baja:

—Ahí está uno de los tipos que participó del operativo.

—¿Qué? —preguntó Graselli.

—El gordo que está en la garita de al lado es uno de los que nos bajó del avión el 18 de febrero.

—¿Cuál es? —preguntó Naldi.

—¿Está? —preguntó Mario y se puso en puntas de pie para mirar.

—Sí, está —dijo Alfredo.

—Ahora tenemos que seguir —dijo Carnevalli en voz baja—. Lo que debemos hacer es seguir y subir al avión. Nada más.

—Tiene razón —dijo Naldi.

—Pero está acá, atrás mío —dijo Alfredo.

—¿Y los permisos? —preguntó el flaco.

Alfredo se dio vuelta. El flaco lo miraba directo a los ojos. Alfredo pensó que había escuchado la conversación. Graselli sacó del bolsillo interno de su saco un papel doblado y lo pasó por la abertura. El hombre de Migraciones lo leyó.

—Tengo que mostrárselo a mi superior.

—Está bien, hágalo —dijo Graselli.

El flaco abrió la puerta de la garita y salió.

Alfredo continuaba con taquicardia. Miró por encima del hombro a sus hermanos. Mario y Renato tenían la vista clavada en el gordo. Alfredo les hizo un gesto negando con la cabeza y ellos dejaron de mirar. Alfredo respiró profundo y soltó el aire.

—¿Qué dice el papel?

—Es para que los dejen subir al avión sin los permisos —dijo Graselli.

El flaco volvió a la garita. Se sentó en la silla alta. Selló los pasaportes uno por uno y los deslizó por la abertura en la parte baja del vidrio.

—¿Qué pasó con la nota que le di? —preguntó Graselli.

—Mi superior me dijo que se queda acá.

Graselli le dio a Alfredo los pasaportes y los pases de abordar.

—Guardalos vos.

Alfredo miró a Naldi.

—Está bien, guárdalos tú —dijo el cura.

Todos los sillones de la sala de embarque estaban ocupados. Los hermanos Forti, Graselli, Naldi y Carnevali permanecían de pie delante de uno de los ventanales por los que se veían los aviones estacionados en la pista.

—Su atención, por favor —dijo una voz femenina por los parlantes del techo—: Aerolíneas Argentinas anuncia la salida de su vuelo 387 con destino a Caracas. El abordaje será por la puerta número nueve.

Los pasajeros se levantaron de los sillones distribuidos por toda la sala y armaron una fila. Los hermanos Forti, Naldi, Graselli y Carnevali también se formaron. Avanzaron rápido hasta un escritorio ubicado a un costado de la puerta en el que un hombre y una mujer pedían los pases de abordar. Alfredo los entregó.

—Muy bien —dijo la mujer. Cortó el talón de los pases y los devolvió—. Esto lo mostrás en el avión para que los ubiquen.

—Yo llego hasta acá —escuchó Alfredo detrás de él.

Se dio vuelta. Graselli abrazó a Guillermo.

El monseñor se despidió de Naldi, Mario, Néstor y Renato dándole un apretón de manos a cada uno. Saludó a Silvana con un beso en la mejilla. Se paró delante de Alfredo y le extendió la mano. Alfredo se la estrechó.

—Cúidense —dijo Graselli.

Alfredo pensó en pedirle ayuda para su mamá otra vez, pero recordó el fichero que el monseñor le había mostrado cuando lo conoció, en el que guardaba la lista de personas desaparecidas cuyas familias se habían acercado para pedirle ayuda. “Tengo más de mil fichas”, había dicho Graselli. Alfredo sentía una gran confusión acerca del monseñor. Se preguntó si habría ayudado a varias familias o sólo a ellos. Lo angustió la idea de que la vida de su mamá pudiera depender de caerle bien o mal a una persona.

—Es mejor que vayas —dijo Graselli.

Alfredo soltó la mano del monseñor y miró por encima del hombro. Sus hermanos, Naldi y Carnevali habían cruzado la puerta y bajaban por la escalera.

En la pista se escuchaba el zumbido de las turbinas y el micro esperaba estacionado con el motor encendido. Alfredo subió y divisó a sus hermanos y a Naldi sentados en el asiento del fondo, debajo de la ventana. Se acercó y se paró junto a Carnevali, que iba parado agarrándose con una mano de una argolla que pendía del techo.

—Estaba a punto de ir a buscarte —dijo el funcionario.

El micro cerró sus puertas y arrancó. Por la ventana se veía cómo pasaban los aviones estacionados.

—Mirá: es la abuela —dijo un hombre.

El vehículo se desplazaba paralelo a la reja amarilla en la que se ubicaban los familiares para saludar. Alfredo recordó el momento en el que pasaron por ahí el 18 de febrero, cuando Roberto, el amigo de su mamá, estaba parado detrás de los barrotes.

—Ahí está papá —dijo una mujer que iba con una nena mientras alzaba a la chiquita y la sostenía con un solo brazo contra su cuerpo. Con un dedo de la mano libre señaló por la ventana—. Saludá a papá.

—¿Dónde está?

—¿No lo ves?

—No.

El micro estacionó. Los pasajeros bajaron a la pista. Los hermanos Forti, Naldi y Carnevali se formaron para subir al avión por la puerta delantera. Alfredo iba primero. Él tenía los pases de abordar. Cruzó la puerta, una azafata le pidió los pases y los miró. Contó con el dedo a los hermanos, a Naldi y Carnevali.

—Me parece que falta uno. Acá tengo siete y ustedes son ocho.

—Yo soy diplomático —dijo Carnevali—. Tengo autorización de la compañía para subir y esperar a que estos muchachos estén sentados.

El funcionario le dio una credencial y una hoja de papel doblada a la azafata. Ella miró la credencial, leyó el papel y le devolvió todo al diplomático. Señaló con el dedo hacia el fondo del avión.

—Después de la cortina dejen libre la primera hilera. Ustedes tienen la segunda, la tercera y el asiento de la ventana de la cuarta.

Alfredo caminó por el pasillo, cruzó la cortina que dividía primera clase de turista y se paró en la segunda hilera. Abrió el compartimiento del techo del asiento y metió su mochila.

Llegaron sus hermanos y Naldi. Se distribuyeron en los asientos. En la segunda hilera, Guillermo se sentó en la ventana, Mario en medio y Alfredo junto al pasillo. En la tercera, Renato se ubicó en la ventana, Néstor en el medio y Silvana al lado del pasillo. Naldi se sentó solo junto a la ventana de la cuarta hilera.

Carnevali estaba parado al lado del asiento de Alfredo; ya se había despedido de Naldi.

—Tengo que bajar.

Extendió la mano y Alfredo se la estrechó.

—Gracias por todo, Álvaro.

—Estén tranquilos. Yo me bajo del avión pero me quedo en el aeropuerto hasta el despegue, por cualquier cosa.

El diplomático se dio media vuelta y se alejó por el pasillo hacia la puerta delantera del avión.

Mario estaba sentado al lado de Alfredo.

—No puedo dejar de pensar en el día que estuvimos acá.

Alfredo lo miró.

—A mí me pasa lo mismo.

—Es increíble.

El avión avanzaba hacia la pista de despegue con un leve bamboleo. Alfredo miró por la ventana ovalada, al lado de Guillermo. El aire que salía de la turbina peinaba hacia atrás el pasto al costado de la pista. A lo lejos se veían los pinos de los bosques de Ezeiza bajo el cielo nublado.

Vinieron a su cabeza una serie de recuerdos recientes, como si se tratara de una secuencia de diapositivas. Nelly haciendo la fila para entrar al cuartel de policía en Buenos Aires y poder hacer los pasaportes para sus hijos. Nelly hablando de política con Alberto González y Aide, en el departamento de Alberto. Nelly ayudando a los hermanos de Alfredo a terminar de hacer las valijas antes de salir hacia Ezeiza. Nelly en la celda del centro clandestino de detención, contándoles a sus hijos las cosas que harían al llegar a Venezuela para tratar de calmarles la angustia.

El avión se detuvo. El zumbido de las turbinas aumentó. La aeronave comenzó a avanzar y cada vez iba más rápido. Levantó la nariz y el asiento de Alfredo quedó inclinado hacia atrás. El avión se elevó. Alfredo miró hacia la ventana. Los bosques de Ezeiza desaparecieron de la vista. Él tenía ganas de gritar.

Epílogo

1

Seis horas después de que el avión de Aerolíneas Argentinas despegara de Ezeiza, Alfredo y sus cinco hermanos llegaron a Caracas. El padre los esperaba. A los pocos días viajaron a la isla de Guara, en el extremo oriental de Venezuela, donde estaba el lugar en el que Forti padre trabajaría como médico.

Forti padre ya había entrado en contacto con varios organismos de derechos humanos cuando sus hijos llegaron, entre ellos Amnistía Internacional, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA (CIDH) y la Comisión de Derechos Humanos de la ONU. Amnistía fue la primera institución en enviar una carta al gobierno argentino pidiendo información sobre el paradero de Nelly. Forti padre también se había contactado con los argentinos exiliados en Venezuela. A través de los abogados que formaban parte del grupo se gestionó el primer pedido de hábeas corpus para Nelly.

A mediados de 1977, pocos meses después de instalarse en Venezuela, Alfredo y su papá emprendieron un viaje a Estados Unidos para fortalecer los pedidos internacionales por Nelly. Estuvieron en Nueva York y Washington. Se encontraron personalmente con los miembros de la CIDH y de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU; también con funcionarios de

Amnistía Internacional y otras ONG con sede en Estados Unidos, como el Comité de Abogados por los Derechos Humanos, el Consejo Internacional de Juristas y el Consejo Mundial de Iglesias. Se contactaron además con un grupo de senadores y diputados del Partido Demócrata que terminarían escribiéndole una carta al gobierno argentino.

A estos pedidos de los organismos internacionales la dictadura de Videla contestó siempre diciendo que no tenía información sobre el caso.

En 1978 Alfredo volvió a viajar a Estados Unidos para fortalecer las demandas por su mamá. Esta vez fue solo. El 18 de noviembre de ese año, la CIDH emitió una resolución acusando al gobierno argentino por la detención ilegal de Nelly y sus hijos y exigiendo explicaciones sobre el paradero de ella.

En septiembre de 1979, la CIDH visitó la Argentina y el caso de Nelly estuvo incluido en las investigaciones. Unas semanas después de la visita de la CIDH, el 17 de octubre, la dictadura militar dio una explicación sobre el caso, entre perversa y cínica. Dijo que a Nelly y a sus hijos los había secuestrado un grupo subversivo para dar una lección hacia dentro de la organización.

Lo único que se supo de Nelly luego de que la separaran de sus hijos fue a través del testimonio de Pedro Cerviño, un militante que la conocía, que había estado desaparecido y luego había sido liberado. Cerviño declaró que la había visto a finales de febrero del 1977 en el Cuartel Central de Policía de Tucumán. Dijo que no había podido hablar con ella por el estado físico en el que Nelly se encontraba. También contó que durante los días de cautiverio que compartieron los tuvieron casi todo el tiempo con los ojos vendados y con la prohibición de hablar.

Forti padre, Néstor, Guillermo y Mario se quedaron viviendo en Venezuela y volvieron a la Argentina sólo de visita. Forti padre falleció en 2010. Silvana estudió en México y hoy vive en Canadá.

2

En el salón San Martín del Ministerio de Defensa de la República Argentina los ventanales están siempre tapados por cortinas gruesas de color ladrillo. La mañana del lunes 12 de diciembre de 2011, los faroles en las columnas estaban encendidos y había veinte hileras de sillas. Todas estaban ocupadas y ubicadas frente a un escenario en el que el ministro de Defensa, Arturo Puricelli, les tomaba juramento a sus subalternos. Dos días antes se había iniciado el segundo período de gobierno de Cristina Fernández.

Los funcionarios pasaban de a uno delante de Puricelli. Él leía el protocolo. Cada funcionario estiraba el brazo, dejaba la mano suspendida sobre una Biblia que descansaba en un pupitre y decía:

—Sí, juro.

Alfredo estaba a un costado del escenario. Vestía saco y corbata. Miraba la ceremonia esperando su turno.

Ya no era un adolescente de dieciséis años. Ahora era un hombre de cincuenta que había vivido fuera de la Argentina durante tres décadas; había estudiado en la Universidad de Harvard en Estados Unidos y trabajado en el Banco Interamericano de Desarrollo; había sido embajador argentino en Honduras desde 2004 hasta 2007; había retornado a su país

ese año, convocado por el gobierno para ocupar la Secretaría de Asuntos Militares del Ministerio de Defensa; había estado en ese puesto y luego había pasado a la Secretaría de Relaciones Internacionales del mismo ministerio. Ahora iba a ser reconfirmado en ese cargo.

Subió al escenario y se paró frente a Puricelli. Giró la cabeza y miró el salón. En las sillas de la primera fila estaban el jefe del Ejército Argentino y el de la Armada, ambos con sus uniformes militares y con las medallas prendidas en el pecho del saco. Alfredo miró los ojos marrones de Puricelli.

—¿Jura cumplir y hacer cumplir en lo que usted refiere la Constitución de la República Argentina? —preguntó el ministro.

Alfredo estiró el brazo y dejó la mano suspendida a pocos centímetros de la Biblia. Sentía una presión en el pecho que le subía hasta la garganta. Respiró profundo.

—Por la patria, mi mamá y los treinta mil desaparecidos, lo juro.

**Seguimos buscando a Nelly.
Cualquier información contactarse con esta dirección:**

alfredowaldoforti@gmail.com